

VIDA

Decía un retórico de tiempos pasados que su oficio consistía en hacer que cosas pequeñas pareciesen grandes y así las encontrasen los demás. Es un zapatero que sabe hacer zapatos grandes para pies pequeños. Habríanle azotado en Esparta por hacer profesión de un arte engañoso y mentiroso. Montaigne¹³⁵.

La historia es un puro engaño; permanece tal como la maquilló y amañó algún gran escritor. Chateaubriand¹³⁶.

se puede engañar a muchos poco tiempo, o a pocos mucho tiempo. Pero no se puede engañar a todos todo el tiempo. J. F. Kennedy¹³⁷.

Un historiador debe respetar los hechos objetivos e irrefutables del pasado y del presente. J. A. Martín Pallín.

A quien una vez mintió, nunca se le creyó.

RIBADENEYRA: VITA-VIDA

Al mismo tiempo que la cúpula de la Compañía, capitaneada por Borja, acordó el secuestro del Relato y los demás escritos de Gonçalves, se encargó a Pedro de Ribadeneira (nombrado también Rivadeneira, Ribadeneira o Rivadeneira) una nueva biografía sobre Loyola. Nacido en Toledo el 1 de noviembre de 1526, Ribadeneira fue hijo de Alvaro Ortiz de Cisneros y de Catalina de Villalobos, aunque ‘recientemente’ se ha descubierto que el verdadero nombre de su padre era “Alvaro Husillo Ortiz de Cisneros, jurado del Ayuntamiento de Toledo. La familia Husillos era de judíos conversos”¹³⁸.

Importantísimo dato, prudentemente silenciado por los historiadores jesuitas durante siglos, que quizás explique su precipitada marcha a Roma¹³⁹ (1539), con apenas catorce

¹³⁵ Montaigne 2008: 372.

¹³⁶ Chateaubriand 1997: 25.

¹³⁷ Ramón-Cortés 2010.

¹³⁸ Dalmases 1986: 235.

¹³⁹ “El cerco inquisitorial sobre los cristianos nuevos o conversos se completó con las *pruebas de limpieza de sangre*, que obligaban a demostrar documentalmente la inexistencia de ascendientes semitas. Esta exigencia se aplicó a los candidatos a ocupar cargos públicos y dignidades, a estudiar en las

años, como paje del cardenal Alejandro Farnesio, su inmediato ingreso (1540) en la Compañía (entonces claramente diferenciada del resto de las órdenes por su flexibilidad en cuestiones raciales, sobre todo fuera de España), la elección del extravagante apellido con que se confirmó como religioso (inspirado en el lugar de origen de su abuela materna, procedente de la gallega *riba de Neyra*) y, sobre todo, la desesperada huida ideológica hacia un fundamentalismo cada vez más intransigente con el que, en su madurez, intentó disimular sus complejos genéticos. El viejo estigma que, como reveló Américo Castro, generó en la península la locura ideológica con la que pretendieron borrar ocho siglos de convivencia de razas. En carta a Bataillon aseguraba Castro que el humanismo exacerbado de muchos conversos, el darse importancia, el alborotar, hacerse oír de los príncipes y el ansia de figurar en primer término en las candilejas, no tenía otro objetivo que ocultar la ascendencia, “pasar inadvertidos, a fuerza de deslumbrar y causar escándalo, y armar ruido [...] son como náufragos, afanosos de tocar tierra y trepar por ella. Teresa de Jesús también quería mandar, fundar y dirigir, y manejar los dineros de los otros conversos [...] Las situaciones de término medio no garantizaban el vivir tranquilo. De ahí el elevarse hasta la realeza, y esos racimos de conversos en torno a los RR Católicos, e incluso en torno a Felipe II”¹⁴⁰.

Fue el propio Loyola, apiadado, tal vez, de la juventud del novicio, quien dirigió la formación de Ribadeneyra enviándole a los centros culturales más prestigiosos de la época: París, Lovaina, Padua, Roma. Durante algún tiempo fue profesor en Roma y Palermo. También desempeñó cargos importantes de la Compañía en distintos lugares de Italia. En 1574 regresó a España y se instaló definitivamente en Toledo.¹⁴¹ Murió en Madrid el 26 de septiembre de 1611.

Pues bien, este pintoresco religioso recibió (sobre 1566-7) el encargo de Borja de realizar la nueva biografía sobre Loyola.

Según los jesuitas Ribadeneyra se encontraba muy bien preparado¹⁴² y, gracias a los apuntes tomados desde hacía tiempo¹⁴³, pudo terminar el libro con bastante rapidez,

universidades, a ingresar en las órdenes religiosas y militares y a formar parte del ejército. Las *pruebas de limpieza de sangre* aislaron socialmente a muchos españoles y les impidieron acceder a la ciencia y a la cultura. Aún en 1859 se exigía demostrar la *pureza de sangre* para ingresar en las academias militares, es decir, que hasta fechas muy tardías en algunos sectores de la Administración española se practicó la limpieza étnica. Estos hechos son fundamentales para comprender en su exacta significación el pensamiento, la espiritualidad y las circunstancias sociales y psicológicas de la España moderna.” Quesada 2004: 45.

¹⁴⁰ Castro 2012: 270 y 282.

¹⁴¹ “Desde entonces, esta ciudad sería la de su residencia habitual, durante treinta y siete años, ocupándose en ella, además de en muchas otras cosas, en escribir y pulir sus numerosas obras literarias. Allí, en la imperial ciudad, asiste al estrado y a las tertulias del culto cardenal-arzobispo Sandoval, y alterna, trabando cultos paliques con los Covarrubias y fray Hortensio de Paravicino, con el conceptuoso Góngora y Baltasar Gracián, con Ercilla y Tirso de Molina... Es amigo, en aquel inefable ambiente toledano, de Cervantes y de Lope, que pena allí destierro por amores adúlteros, y del genial Domenico Teotocopulos, el Greco, que le retrata más de una vez”¹⁴¹. Ribadeneyra 1961: VIII-XII / Gonçalves 1992: 46 / Ribadeneyra 1965: 52.

¹⁴² “En 1567, San Francisco de Borja comisionó oficialmente a Ribadeneira el redactar la anhelada biografía. El encargo encontró a Ribadeneira muy preparado. Desde 1553 había ido recogiendo notas y tomando apuntes. A raíz de la muerte del fundador intensificó su tarea. Pudo por ello ahora, en breve lapso de tiempo, cumplir su cometido. La redacción estaba ya acabada a principio de 1569” Loyola 1991: 5.

¹⁴³ “antes de escribirla en latín la extendió en castellano. Consérvase, en efecto, un manuscrito de 132 páginas, escrito todo él de letra del Padre Ribadeneira y con la fecha de 1º de Mayo de 1569, el cual principia con estas palabras: La vida del padre Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, en cinco libros [...] Se ve, pues, que éste es el original de todas las vidas que escribió, siquiera hasta el día

pues la primera versión latina de la *Vida* parece estar finalizada a mediados de 1568¹⁴⁴, aunque hasta mayo de 1571 no se puso en marcha la idea de imprimirla¹⁴⁵.

Se conocen bastantes documentos que acreditan la enorme precaución y sigilo con que se llevó a cabo dicha edición, no porque fuera un libro problemático en sí, sino porque venía a ocupar el lugar del *Relato* y los jesuitas, antes de su difusión, querían conocer la reacción entre sus propios miembros. Una carta del p. Vázquez al vicario (marzo de 1572) revela claramente el secreteo

Con el divino favor son ya acabados de estampar los libros de *Vita patris nostri* y también la epístola de *patribus et fratribus ab Ugonottis occisis etc.* Envío a V.R. un libro de la *Vida* encuadernado y 50 ejemplares de la epístola. También envío a algunos de esos padres el libro, por ser fruta nueva y de Nápoles. El cuidado que V.R. pide de que no se de el libro a forastero, se guarda y guardará con exacción, cuanto fuere en mi mano. Yo creo que el estampador no queda con ninguno; que 25 que había escondido, ya me los ha dado. Grande diligencia he hecho para que no quede rastro por allá; no sé si bastará.

Aquí tengo 500 libros, con mi llave guardados. V.R. podrá de ellos o nuestro padre disponer a su contento. De unos pocos que yo hice añadir para esta provincia, doy algunos a estos padres.¹⁴⁶

Se aprecian en esta carta excesivas prevenciones (cuidado, no se dé, guarda y guardará, cuanto fuere en mi mano, no queda ninguno, 25 que había escondido, Grande diligencia, no quede rastro, llave guardados) y, además, el interés de personas ajenas a la Compañía por hacerse con el libro, como prueba la intención del “estampador” de apropiarse, clandestinamente, de 25 ejemplares. Lo cual presupone la existencia de compradores interesados y un rumor de fondo en torno a la edición. Precisamente los jesuitas habían decidido que se hiciera en Nápoles, en una imprenta alejada de Roma, porque les parecía más fácil evitar la filtración de la noticia y el pirateo del editor.

La obra, dividida en cuatro libros y una dedicatoria, apareció en Nápoles en 1572 con el título “*Vita Ignatii Loyolae*” y se distribuyó exclusivamente entre miembros de la Compañía.

Desde el principio, al menos aparentemente, gozó de un interés inmediato entre determinados sectores, aunque se conocen bastantes documentos que, como se verá más adelante, indican la existencia de una gran controversia en la propia orden. No obstante, la obra se aceptó, oficialmente, con general entusiasmo y, poco después, se aprobó su traducción al castellano con el fin de difundirla entre los hermanos “que están en España y no saben la lengua latina...y otra gente devota”¹⁴⁷.

Una vez tanteado el colectivo y comprobado el éxito interno del plan trazado por la cúpula, decidieron ampliar su difusión y divulgarla fuera de la Compañía, primeramente en España donde, tras el secuestro del *Relato*, se aguardaba con impaciencia.

Sobre 1577 Ribadeneyra tenía ya lista su propia versión castellana, pero la publicación, a pesar de las prisas que él demuestra tener, se fue retardando hasta que, en 1583, apareció en Madrid con el título “*Vida del P. Ignacio de Loyola, fundador de la*

de hoy esté inédito. La primera edición latina de Nápoles no es más que una traducción al latín de este original español, aunque modificado en varios conceptos.” Ribadeneyra 1952: 2.

¹⁴⁴ Ribadeneyra 1965: 12.

¹⁴⁵ “La vida de nuestro p. Ignacio se ha escrito en latín, tomando ese trabajo el p. Ribadeneyra, como habrá V. R. entendido por ventura antes de ahora; trátase de imprimirlo, y porque ha de servir para la Compañía en todas partes, la costa que se habrá de hacer en la impresión también habrá de ser común” Ribadeneyra 1965: 13.

¹⁴⁶ Ribadeneyra 1965: 15.

¹⁴⁷ Ribadeneyra 1965: 21.

Religión de la Compañía de Iesus”, libro que vino a sustituir a todas las biografías anteriores, también secuestradas, y que desde entonces, hasta principios del siglo XX, fue la fuente biográfica fundamental sobre Loyola.

FORMA Y CONTENIDO

Lo primero que llama la atención de la nueva biografía es el volumen. Frente a las poco más de setenta páginas del Relato, la Vida consta de más de quinientas, divididas en tres dedicatorias y cinco libros que Ribadeneyra fue ampliando, en sucesivas ediciones, con nuevas informaciones y capítulos.

En segundo lugar, llama especialmente la atención su contenido, mucho más allá de lo exclusivamente biográfico.

Y en tercero, el estilo, caracterizado por una prosa recargada y superflua, también en el polo opuesto a la sencillez y complejidad del Relato.

En general, en la versión castellana de 1583 Ribadeneyra dio rienda suelta a su imaginación y deseo de ser el primer vocero de la nueva línea ‘espiritual’ de la orden. Para entonces ya habían muerto los testigos (*primi fundatores*) con criterios y fundamentos para indignarse, o desmentir, aspectos concretos de la información y la ideología ultra ortodoxa patente en toda la obra y con la que Ribadeneyra lograba un doble objetivo: cumplir el encargo realizado por sus superiores y, al mismo tiempo, hacer radical ostentación de ortodoxia y xenofobia para ocultar su trauma de converso.

Ya en la primera dedicatoria, al cardenal e inquisidor general don Gaspar de Quiroga, Ribadeneyra agota hasta la saciedad los tópicos de servidumbre y falsa sumisión característicos del género, haciendo gala de una adulación exagerada e impropia entre dos religiosos.

En la segunda dedicatoria, “*A los hermanos en Cristo carísimos de la Compañía de Jesús*”, expone su intención de decir siempre la verdad y las fuentes que utilizará

Y porque la primera regla de la buena historia es, que se guarde verdad en ella, ante todas cosas protesto, que no diré aquí cosas inciertas y dudosas, sino muy sabidas, y averiguadas. Contaré lo que yo mismo oí, vi y toqué con las manos en nuestro B. P. Ignacio, a cuyos pechos me crié desde mi niñez y tierna edad.

Tras esa especie de juramento de fidelidad (“*se guarde verdad*”), expone que su primera fuente de información será, ante todo, la experiencia (“*Contaré lo que yo mismo oí, vi y toqué*”), cuando del libro se irá deduciendo que las aportaciones personales son muy escasas o dudosas. Después añade esas edulcoradas y redundantes expresiones (“*toqué con las manos*” “*niñez y tierna edad*”) y el beatón “*a cuyos pechos*”, una hiperbólica metáfora sobre su nacimiento a la espiritualidad. Todo dirigido a adjudicarse, en beneficio de la acreditación del libro, una convivencia junto a Loyola mayor de la real pues, aunque es cierto que lo “reclutaron”¹⁴⁸ a los catorce años y que el propio Loyola ‘encauzó’ su formación, nada hay que certifique la intimidad que constantemente se arroga ya que, además de pasar largas temporadas apartado de Roma, la actitud de Loyola respecto a sus compañeros se caracterizó en esos aspectos por el distanciamiento.

Después de este primer párrafo menciona su segunda fuente. Es un fragmento largo, pero definitivo para conocer las intenciones y métodos de la Vida, pues la denuncia de su prosa engañosa y embaucadora forma parte importante del objetivo de este trabajo

También diré lo que el mismo padre contó de sí, a ruegos de toda la Compañía. Porque, después que ella se plantó y fundó, y Dios nuestro Señor fue descubriendo los resplandores de sus dones y virtudes con que había

¹⁴⁸ Meissner 1995: 244.

enriquecido y hermo­seado el ánima de su siervo Ignacio, tuvimos todos sus hijos grandísimo deseo de entender muy particularmente los caminos por donde el Señor le había guiado, y los medios que había tomado para labrarle y perfeccionarle y hacerle digno ministro de una obra tan señalada, como es esta. Porque nos parecía que teníamos obligación de procurar saber los cimientos que Dios había echado a edificio tan alto y tan admirable, para alabarle por ello, y por habernos hecho por su misericordia piedras espirituales del mismo edificio. Y también imitar como buenos hijos al que el mismo Señor nos había dado por padre, dechado y maestro, y que no se podía bien imitar lo que no se sabía bien de su raíz y principio. Para esto, **habiéndole pedido y rogado muchas veces**, en diversos tiempos y ocasiones, con grande y extraordinaria instancia, que para nuestro ejemplo y aprovechamiento **nos diese parte de lo que había pasado por él** en sus principios, y de sus trabajos y persecuciones (que fueron muchas) y de los regalos y favores que había recibido de la mano de Dios, **nunca lo pudimos acabar con él, hasta el año antes que muriese**. En el cual, después de haber hecho mucha oración sobre ello, se determinó de hacerlo, y así lo hacía, acabada su oración y consideración, **contando al padre Luis Gonçález de Cámara**, con mucho peso y con un semblante del cielo, lo que se le ofrecía; y **el dicho padre, en acabándolo de oír, lo escribía casi con las mismas palabras que lo había oído**. Porque las mercedes y regalos que Dios nuestro Señor hace a sus siervos, no se los hace para ellos solos, sino para bien de muchos; y así, aunque ellos los quieran encubrir, y con su secreto y silencio nos dan ejemplo de humildad, pero el mismo Señor los mueve a que los publiquen, para que se consiga en los otros el fruto que El pretende. San Buenaventura dice que cuando el glorioso patriarca y seráfico padre San Francisco recibió las estigmas sagradas deseó mucho encubrirlas, y después dudó si estaba obligado a manifestarlas; y preguntando en general a algunos de sus santos compañeros si debía descubrir cierta visitación de Dios, le respondió uno de los frailes: "Padre, sabed que Dios algunas veces os descubre sus secretos, no solamente para vuestro bien, sino también para bien de otros; y así teneis razón de temer que no os castigue y reprehenda como a siervo que escondió su talento, si no descubriéredes lo que para provecho de muchos os comunicó" Y por esta razón ha habido muchos santos que publicaron y aun escribieron los regalos secretísimos de su espíritu y las dulzuras de sus almas y los favores admirables y divinos con que el Señor los alentaba, sustentaba y transformaba en sí; los cuales no pudiéramos saber, si ellos mismos no los hubieran publicado; y si el Señor que era liberal para con ellos, comunicándoseles con tanto secreto y suavidad, no lo hubiera sido para con nosotros, moviéndolos a publicar ellos mismos lo que de su poderosa mano, para bien suyo y nuestro, habían recibido; y por esto movió también a nuestro Ignacio a decir lo que dijo de sí. **Y todo esto tengo yo como entonces se escribió.**

Separando el grano de la paja, las negritas del resto del fragmento, comprobamos que Ribadeneyra solo informa sobre dos noticias procedentes del prólogo explicativo que, en 1567, añadió el P. Nadal al Relato. En la primera expone sus orígenes y fines

Y yo, pensando que aquel fuese el momento oportuno, pido al Padre y le suplico que nos quiera explicar por qué camino le había guiado el Señor desde los primeros días de su conversión, porque aquel relato nos podría servir como testamento y última instrucción del Padre. (R, Prólogo Nadal)

Prácticamente lo mismo dicho por Ribadeneyra en la primera línea: "*También diré lo que el mismo Padre contó de sí a ruegos de toda la Compañía*".

La segunda información de Nadal es que Loyola acepta, tras muchos ruegos, la petición y toma a Gonçalves como confidente

Nada respondió el Padre, pero el mismo día, a lo que creo, llama al Padre Luis Gonçalves y comienza su narración. Aquél, dotado de excelente memoria, lo ponía luego por escrito.

Ribadeneyra lo versiona así: "*En el cual, después de haber hecho mucha oración sobre ello, se determinó de hacerlo; y así lo hacía, acabada su oración y consideración, contando al padre Luis González de Cámara con mucho peso y con un semblante del cielo lo que se le ofrecía; y el dicho padre en acabándolo de oír, lo escribía casi con las mismas palabras que lo había oído*".

A partir de este punto y hasta la última línea, utilizando táctica de camuflaje o mareo de perdiz, Ribadeneyra incluye, entre noticia y noticia, tanta fraseología pseudo religiosa y tantas "parejas de sinónimos"¹⁴⁹ que es muy difícil, si se desconoce la verdad, seguir el hilo argumental.

Entre "*lo escribía casi con las mismas palabras que lo había oído*" y "*todo esto tengo yo como entonces se escribió*", ha insertado toda esa palabrería embaucadora con el único objetivo de despistar, de quebrantar el hilo de la historia para decir sin estar diciendo, pues las frases quedan tan separadas de sus contextos que resulta casi imposible relacionarlas.

Para cumplir con el compromiso de decir la verdad, para acallar su conciencia, confiesa, ladinamente, que posee los escritos de Gonçalves, por lo menos el Relato, al que se refiere al decir "*contando al padre Luis González...lo escribía*", pero envolviendo la información entre humos que impiden apreciar a los lectores la trascendental relación entre ambos libros y la importancia de Gonçalves (cuyo nombre traduce maliciosamente al castellano) como único confidente de Loyola.

Prueba irrefutable de que nos encontramos ante una estrategia muy meditada, no una ingenua cuestión de barroquismo, son los cambios introducidos por Ribadeneyra en las sucesivas ediciones de la obra. Comparemos el gran fragmento comentado, perteneciente a la edición de 1605, con el correspondiente a la primera edición de 1583

También diré lo que el mismo padre contó de sí, a ruegos de toda la Compañía. Porque habiéndole pedido y rogado muchas veces, en diversos tiempos y ocasiones, con grande y extraordinaria instancia, que para nuestro ejemplo y aprovechamiento nos diese parte de lo que había pasado por él en sus principios, y de sus trabajos y persecuciones (que fueron muchas) y de los regalos y favores que había recibido de la mano de Dios, nunca lo pudimos acabar con él, hasta el año antes que muriese. En el cual después de haber hecho mucha oración sobre ello, se determinó de hacerlo, y así lo hacía, acabada su oración y consideración: contando al padre Luis Gonçález de Cámara con mucho peso y con un semblante del cielo lo que se le ofrecía, y el dicho padre en acabándolo de oír, lo escribía casi con las mismas palabras que lo había oído. Y todo esto tengo yo como entonces se escribió.

Aunque ya se aprecia aquí importante fraseología con intenciones turbiosas, todavía no existen los dos grandes párrafos de relleno, los dos bloques aislantes y desorientadores añadidos después.

¹⁴⁹ Lapesa 1967: 206.

Por supuesto, como iremos comprobando, esta estrategia de confusión, se repite otras veces y de distintas formas a lo largo del libro, siempre con la intención de ocultar o difuminar determinados datos. Veamos otro ejemplo.

El Relato se inicia dando información del comportamiento de Iñigo ante el asedio de los franceses a la fortaleza de Pamplona. Tras caer gravemente herido al pasarle un proyectil entre ambas piernas, la fortaleza se rinde y los mismos franceses le curan y le envían en una litera a su tierra. Allí, por estar mal operado o por haberse desencajado los huesos en el viaje, volvió a ser intervenido, a vida o muerte, en dos ocasiones y sufriendo, en todo momento, tremendos dolores. Veamos la doble información

RELATO	VIDA
Y hízose de nuevo esta carnicería; en la cual, así como en todas las otras que antes había pasado y después pasó, <u>nunca habló palabra, ni mostró otra señal de dolor, que apretar mucho los puños.</u>	<i>El cual pasó esta carnicería que en él se hizo y todos los demás trabajos que después le sucedieron, con un semblante y con un esfuerzo que ponía admiración. <u>Porque ni mudó color, ni gimió, ni sospiró, ni hubo siquiera un ay, ni dijo palabra que mostrase flaqueza.</u></i>

Según el Relato, la única señal de dolor exteriorizada por Iñigo fue “apretar mucho los puños”. Es una información sobre la resistencia y resignación de quien, como buen caballero de la Banda, aguanta inmutable, sin ningún tipo de anestesia, cruentas carnicerías.

Sin embargo, Ribadeneyra resalta, ante todo, la “admiración” que provoca ese comportamiento y, después, la justifica con datos de difícil credibilidad, pues sustituye el silencio y el “apretar mucho los puños”, por una larga serie de detalles de dudosa certeza (“*ni mudó color, ni gimió, ni sospiró, ni hubo siquiera un ay, ni dijo palabra*”), porque ¿cómo aceptar que una persona, en circunstancias tan dolorosas, no mude el color? Del Relato se deduce una resignación muy especial, pero nunca una fuerza capaz de controlar incluso los flujos internos del organismo. Sería totalmente excepcional, milagroso, que es, a fin de cuentas, el objetivo de la hiperbólica y reiterativa información.

Veamos otro ejemplo igualmente destinado a la consolidación del monumento granítico que Ribadeneyra se propuso construir desde el principio.

Tras la intervención quirúrgica de la pierna anteriormente comentada, dice el Relato

la víspera de S. Pedro y S. Paulo, dijeron los médicos que, si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de S. Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor; y fue tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte. (R, 3)

La expresión “quiso nuestro Señor” es una frase hecha, la forma lógica de expresarse un creyente, además religioso, que atribuye a la buena voluntad de dios la mejoría del enfermo. Pero Ribadeneyra transforma esa frase y la información de Gonçalves, de primera mano, en algo totalmente distinto, en un auténtico milagro

Crecía el mal más cada día, y pasaba tan adelante, que ya poca esperanza se tenía de su vida; y avisáronle de su peligro. Confesóse enteramente de sus pecados la víspera de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, y como caballero cristiano se armó de las verdaderas armas de los otros santos sacramentos, que Jesucristo nuestro Redentor nos dejó para nuestro remedio y defensa. Ya parecía que se iba llegando la hora y el punto de su fin; y como los

médicos le diesen por muerto si hasta la media noche de aquel día no hubiese alguna mejoría, fue Dios nuestro Señor servido que en aquel mismo punto la hubiese. La cual creemos que el bienaventurado apóstol san Pedro le alcanzó de nuestro Señor. Porque en los tiempos atrás siempre Ignacio le había tenido por particular patrón y abogado, y como tal le había reverenciado y servido; y así se entiende que le apareció este glorioso apóstol la noche misma de su necesidad, como quien le venía a favorecer y le traía la salud. (Vida I, I)

Comparado con su fuente, el fragmento es un modelo de cómo hinchar un texto, de cómo manipular la información. Al margen de la abundancia de tópicos y remilgos monjiles que actúan, como antes, de forraje ocultador del grano, Ribadeneyra, utilizando casi el mismo lenguaje que el Relato (quiso nuestro Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor / fue Dios nuestro Señor servido que en aquel mismo punto la hubiese) transforma la lenta mejoría del enfermo que sale del peligro poco a poco (“se comenzase”), en un acto repentino, fulminante, paranormal y, por lo tanto, milagroso (“en aquel mismo punto”). Y lo corrobora, además, atribuyéndole a san Pedro una mediación personal ante “nuestro Señor” que, al final, convierte en una clara aparición (*se entiende que le apareció este glorioso apóstol*). Lo realmente curioso es cómo se descarga de culpa pues, con la expresión “y así se entiende” está haciendo una subrepticia referencia al Relato, apoyándose en la fuente no citada.

Lo que él no imaginaba es que algún día tendríamos la oportunidad de realizar el cotejo de ambos textos y demostrar, de forma inapelable, una manipulación falsaria que a veces resulta poco menos que caprichosa, como, por ejemplo, los “veinte pedazos de huesos” que se saca de la manga sin venir a cuento

RELATO	VIDA
le quedó abajo de la rodilla un hueso encabalgado sobre otro, por lo cual la pierna quedaba más corta; y quedaba allí el hueso tan levantado, que era cosa fea	<i>quedábanle todavía dos deformidades en la pierna. La una era de un hueso que le salía debajo de la rodilla feamente. La otra nacía de la misma pierna, que <u>por haberle sacado della veinte pedazos de huesos</u>, quedaba corta y contrahecha</i>

Llama, por último, la atención, la escueta y eufemística forma de aludir, en el Relato, a la cojera (“tan corta”), y la contradictoria y confusa manera de hacerlo en la Vida

RELATO	VIDA
Y cortada la carne y el hueso que allí sobraba, se atendió a usar de remedios para que la pierna no quedase tan corta, dándole muchas unturas	<i>El encogimiento de la pierna se curó por espacio de muchos días, [...] Pero por mucho que la desencogieron y estiraron, <u>nunca pudo ser tanto que llegase a ser igual, al justo con la otra</u></i>

Aunque primero dice que el “*encogimiento de la pierna se curó*”, después precisa, eufemísticamente, que nunca pudo ser igual, “*al justo con la otra*”.

Al margen de la falsedad sobre la milagrosa intervención causante de la inmediata cura del enfermo, lo que interesa es contrastar la diferencia entre la ‘urgente’ y convencional ‘confesión’ realizada, según el Relato, antes de la arriesgada intervención quirúrgica, y la meditada ‘confesión general’ realizada según la Vida.

Refiriéndose al control de los escritos hechos a lo largo de la historia sobre Jesucristo, de cómo la iglesia ha ido desechando, en la construcción del mito, todo lo que no le interesaba para dar una imagen inequívoca y unitaria, Onfray habla de un trabajo ideológico consistente en “seleccionar solo lo que apunte a una historia unívoca”¹⁵⁰, a un mito sin fisuras, sin posibilidades de elucubraciones. La iglesia, a través de concilios y dogmas ha ido definiendo y perfilando la figura intachable que le interesa. Por supuesto, en ese largo y prologando trabajo de maquillaje histórico, no han logrado eliminar “una cantidad impresionante de *contradicciones* y de aspectos inverosímiles en el texto de los evangelios sinópticos”¹⁵¹.

El trabajo de Ribadeneyra, y de la mayoría de los escritores de la Compañía, ha sido similar, como demuestra, en este caso, el cotejo con la fuente primitiva, autorizada, tácitamente, por Loyola, y que Ribadeneyra imaginó secuestrada para siempre.

De hecho, contando con esa desaparición definitiva del Relato, intenta darnos a entender que la mayor parte de la información de su libro procede de los escritos de Laínez

Escribiré asimismo lo que yo supe de palabra y por escrito del padre maestro Laínez [...] De estos originales se ordenó y sacó casi toda esta historia. Porque no he querido poner otras cosas que se podrían decir con poco fundamento, o sin autor grave y de peso, por parecerme, que aunque cualquiera mentira es fea e indigna de hombre cristiano, pero mucho más la que se compusiese y forjase relatando vidas de santos.

Nada tiene que ver esta claridad para mencionar las fuentes aportadas por Laínez, a quien atribuye “casi toda esta historia”, con el oscurantismo empleado al referirse a Gonçalves. Precisamente Laínez, en su *Epístola* (de 1547), resulta el más comedido de los biógrafos a la hora de informar sobre las hostilidades de los dominicos contra Loyola.

No debe olvidarse que Loyola leyó la *Epístola* de Laínez y que, varios años después, escribió en el Relato una versión más dramática de todos esos acontecimientos, de forma que la versión ampliada de su vida, realizada por él mismo, vino a ser una especie de correctivo a la *Epístola*.

Dato interesante que confirma al Relato como última palabra de un hombre que no se plegó al silencio, o a las verdades a medias, y que explica la antijerárquica decisión de Loyola de nombrar como su sucesor, en el cargo de Preósito, a Nadal, más joven, menos ‘antiguo’ en la Compañía (Laínez era de los primeros) y, además, uno de los principales promotores del Relato.

En esa clave de sutiles roces y afásicos posicionamientos puede entenderse la irregularidad, en contra de la voluntad del ‘santo’ fundador, del nombramiento de Laínez como segundo Preósito General y el posterior secuestro del Relato, que se producirá ya bajo el mandato de Borja, aunque ignoramos, por ahora, si el acuerdo se había consensuado antes.

REMIENDOS DIPLOMÁTICOS

Veamos otro ejemplo dirigido a modificar actuaciones y a tergiversar acontecimientos históricos, porque en la Vida y en sus procedimientos se encuentra, insistimos, gran parte de la razón de ser del Quijote.

El fragmento vuelve a ser extenso, pero muy esclarecedor y básico para comprender las razones ideológicas que indujeron al secuestro del Relato y a su suplantación.

A la vuelta de Jerusalén, donde le impidieron cumplir con el propósito de afincarse allí para siempre, Loyola carecía de proyecto, quería alcanzar la santidad, pero no sabía

¹⁵⁰ Onfray 2006: 138.

¹⁵¹ Onfray 2006: 138.

cómo, pues ni pensaba ingresar en ninguna de las órdenes religiosas existentes, por parecerles poco rigurosas, ni podía emprender, sin estudios, el tipo de vida apostólica que tenía en mente así que, tras la imposibilidad de permanecer en Jerusalén, decidió regresar a Barcelona (1524) con la doble intención de estudiar y “ayudar a las almas”.

Dos años después, mediados de 1526, por consejo de sus profesores, marcha a Alcalá de Henares para estudiar Artes. Vestía con un saco, iba descalzo y no se cortaba las uñas ni los cabellos. Vivía de la mendicidad y predicaba la pobreza evangélica. Enseguida encontró la oposición de la Iglesia-Inquisición que, en menos de un año, le encarcela y abre tres procesos. En el Relato (cap. VI) se especifican con detalles los injustos procedimientos e incluso los nombres de los inquisidores.

En junio de 1527, acosado por la Inquisición y con la prohibición de seguir predicando en Alcalá, sale, previo paso por Valladolid, hacia Salamanca donde, muy poco tiempo después de llegar, su confesor dominico le invita a comer en el monasterio de San Esteban.

El ágape resultó una emboscada, pues lo retuvieron en el convento por la fuerza durante tres días y, después, lo condujeron, junto con su compañero Calixto, directamente a la cárcel. Los sucesos en el Relato se describen así

Confesábase en Salamanca con un fraile de santo Domingo en san Esteban; y habiendo 10 ó 12 días que era allegado, le dijo un día el confesor: <<Los Padres de la casa os querían hablar >>; y él dijo: <<En nombre de Dios >>. <<Pues, dijo el confesor, será bueno que os vengáis acá a comer el domingo; mas de una cosa os aviso, que ellos querrán saber de vos muchas cosas >>. Y así el domingo vino con Calixto; y después de comer, el soprior, en ausencia del prior, con el confesor, y creo yo que con otro fraile, se fueron con ellos en una capilla, y el soprior con buena afabilidad empezó a decir cuán buenas nuevas tenían de su vida y costumbres, que andaban predicando a la apostólica; y que holgarían de saber de estas cosas más particularmente. Y así comenzó a preguntar qué es lo que habían estudiado. Y el peregrino respondió: <<Entre todos nosotros el que más ha estudiado soy yo>>, y le dio claramente cuenta de lo poco que había estudiado, y con cuán poco fundamento.

Pues luego ¿que es lo que predicáis? Nosotros, dice el peregrino, no predicamos, sino con algunos familiarmente hablamos cosas de Dios, como después de comer con algunas personas que nos llaman. Mas, dice el fraile, <<¿de qué cosas de Dios habláis? que eso es lo que queríamos saber>>. <<Hablamos, dice el peregrino, cuándo de una virtud, cuándo de otra, y esto alabando; cuándo de un vicio, cuándo de otro, y reprehendiendo>>.

<<Vosotros no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios; y de esto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras, o por el Espíritu santo. No por letras; ergo por Espíritu santo>>. Aquí estuvo el peregrino un poco sobre sí, no le pareciendo bien aquella manera de argumentar; y después de haber callado un poco, dijo que no era menester hablar más de estas materias. Instando el fraile: <<Pues ahora que hay tantos errores de Erasmo y de tantos otros, que han engañado al mundo ¿no queréis declarar lo que decís?>>.

El peregrino dijo: <<Padre, yo no diré más de lo que he dicho, si no fuese delante de mis superiores, que me pueden obligar a ello>>. Antes de esto había demandado por qué venía Calixto así vestido, el cual traía un sayo corto y un grande sombrero en la cabeza, y un bordón en la mano, y unos botines casi hasta media pierna; y por ser muy grande, parecía más deforme. El peregrino le contó cómo habían sido presos en Alcalá, y les habían mandado

vestir de estudiantes; y aquel su compañero, por los grandes calores, había dado su loba a un pobre clérigo. Aquí dijo el fraile como entre dientes, dando señas que no le placía: <<Charitas incipit a se ipsa>>.

Pues tornando a la historia, no pudiendo el soprior sacar otra palabra del peregrino sino aquella, dice: <<Pues quedaos aquí, que bien haremos con que lo digáis todo>>. Y así se van todos los frailes con alguna prisa. Preguntando primero el peregrino si querrían que quedasen en aquella capilla, o adónde querrían que quedase, respondió el soprior, que quedasen en la capilla. Luego los frailes hicieron cerrar todas las puertas, y negociaron, según parece, con los jueces. Todavía los dos estuvieron en el monasterio 3 días sin que nada se les hablase de parte de la justicia, comiendo en el refectorio con los frailes. Y casi siempre estaba llena su cámara de frailes, que venían a verles; y el peregrino siempre hablaba de lo que solía; de modo que entre ellos había ya como división, habiendo muchos que se mostraban afectados.

Al cabo de los 3 días vino un notario y llevóles a la cárcel. (R, 64-66)

Aunque el Relato continúa informando sobre la detención, los fragmentos anteriores resultan suficientes para comprender la aversión de los dominicos hacia el Relato.

Sorprende el lujo de detalles con que Loyola, unos veintisiete años después, recuerda los acontecimientos, incluso con frases en estilo directo que, en todo momento, y a pesar de la aparente moderación del lenguaje, encierran unas precisas e importantes acusaciones.

Porque resulta fácil llegar a la conclusión de que los interrogatorios y la detención se deben, además de a un chivatazo procedente de Alcalá, a una posible violación del secreto de confesión, ya que la autoexculpatoria advertencia del confesor (“os aviso, que ellos querrán saber de vos muchas cosas”) y su posterior coactiva presencia durante los interrogatorios, ratifican una encerrona preparada con su colaboración, pues Loyola solo llevaba diez o doce días en Salamanca y quien mejor le conocía era ese confesor con el que conversaba casi a diario.

Lo cual resalta, a su vez, la hipocresía del soprior al inicio del interrogatorio, la actitud afable (“con buena afabilidad empezó a decir cuán buenas nuevas tenían de su vida y costumbres, que andaban predicando a la apostólica; y que holgarían de saber de estas cosas más particularmente”), cuando desde el principio, y según se desprende de la narración, se trata de una trampa para acusarles, igual que los dominicos de Alcalá, de iluminados, tal como demuestran los razonamiento silogísticos con los que tratan de embaucarle y que provocan la reacción defensiva de Loyola: “no diré más de lo que he dicho, si no fuese delante de mis superiores”.

Detalles como el ahínco del fraile, el hablar entre dientes, el irónico latinazgo contra la vestimenta de Calixto (la caridad comienza por sí mismo), la intimidación contra el silencio, la indefensión, el tono amenazante y soberbio con que responde el superior (“quedaos aquí, que bien haremos con que lo digáis todo”), la ilegal detención durante tres días y, especialmente, la acusación de cohecho (“negociaron, según parece, con los jueces”), ponen en evidencia a los dominicos y a todo el sistema.

Al final, tras entregarles a la justicia y permanecer 22 días en la cárcel, se les prohibió “definir de pecado mortal y de venial”, por lo que Loyola, viendo que se le impedía continuar la labor apostólica, decidió trasladarse a París.

Conozcamos ahora la versión de la Vida sobre los mismos sucesos

Después que llegó a Salamanca, comenzó a ocuparse, como solía, en despertar los corazones de la gente al amor y temor de Dios. Íbase a confesar a menudo con un padre religioso de Santo Domingo de aquel insigne monasterio de San Esteban , y a pocos días díjole una vez su confesor que le hacía saber que los

frailes de aquella casa tenían gran deseo de oírle y hablarle; al cual nuestro Ignacio respondió que iría de buena gana, cada y cuando que se lo mandase. Pues venid (dice el confesor) el domingo a comer con nosotros; mas venid apercebido, porque mis frailes querrán informarse de muchas cosas de vos y os harán hartas preguntas. Fue el día señalado con un compañero, y después de haber comido los llevaron a una capilla, donde se hallaron con ellos el confesor y otros dos frailes, de los cuales uno era el vicario que gobernaba el monasterio en ausencia del prior. El cual, mirando con rostro alegre a nuestro padre, le dijo con palabras blandas y graves: Mucho consuelo me da cuando oigo decir del ejemplo grande que dais con vuestra santa vida, y que no solamente os preciáis de ser bueno para vos, sino también procuráis que lo sean los demás, y que a imitación de los apóstoles andáis por todas partes enseñando a los hombres el camino del cielo. Y no soy yo solo el que de esto me gozo, que también les cabe parte de esta alegría a nuestros frailes; mas, para que ella sea mayor y más cumplida, deseamos oír de vos mismo algunas de estas cosas que se dicen. Y lo primero que nos digáis qué facultad es la vuestra, y en qué estudios os habéis criado, y qué género de letras son las que habéis profesado? El padre con simplicidad y llaneza dijo la verdad de sus pocos estudios. Pues ¿por qué (dijo él) con tan poco estudio y con solas las primeras letras de gramática os ponéis a predicar? Mis compañeros y yo (dijo Ignacio) no predicamos, padre, sino, cuando se ofrece alguna buena ocasión, hablamos familiarmente lo que alcanzamos de las cosas de Dios. Y ¿qué cosas de Dios son esas que decís? que eso es lo que sumamente deseamos saber. Nosotros (dice) algunas veces hablamos de la dignidad y excelencia de la virtud, y otras de la fealdad y torpeza de los vicios, procurando traer a los que nos oyen a lo bueno, y apartarlos cuanto podemos de lo malo. Vosotros (dijo el vicario) sois unos simples idiotas y hombres sin letras (como vos mismo confesáis); pues ¿cómo podéis hablar seguramente de las virtudes y de los vicios? De las cuales cosas nadie puede tratar con seguridad si no es con teología y doctrina, o alcanzada por estudio, o revelada por Dios. De manera que, pues no la habéis alcanzado por estudio, señales que os la ha infundido inmediatamente el Espíritu Santo. Y esto es lo que deseamos saber cómo ha sido, y que nos digáis qué revelaciones son estas del Espíritu Santo.

Detúvose aquí un poco nuestro Ignacio mirando en aquella sutil y para él nueva manera de argumentar. Y después de haber estado un rato en grave y recogido silencio, dijo: - Basta, padre; no es menester pasar más adelante. Y aunque el vicario todavía le quiso concluir con la pregunta del Espíritu Santo, y le apretó con vehemencia que le diese respuesta, no le dio otra sino esta: - Yo, padre, no diré más, si no fuere por mandado de superior a quien tenga obligación de obedecer.

- Buenos estamos (dice el padre); tenemos el mundo lleno de errores y brotan cada día nuevas herejías y doctrinas ponzoñosas, ¿y vos no queréis declararnos lo que andáis enseñando? ; pues aguardadme aquí un poco, que presto os haremos decir la verdad. Quédanse él y su compañero en la capilla, y vanse los frailes y mandan cerrar las puertas del monasterio; y de ahí a un poco, los pasaron a una celda. Tres días estuvo en aquel sagrado convento con grandísimo consuelo de su ánima. Comía en refectorio con los frailes, y muchos de ellos venían a visitarle y a oírle a su celda, que casi estaba llena de frailes; a los cuales él hablaba con mucha libertad y eficacia de las cosas divinas como era su costumbre; y muchos de ellos aprobaban y defendían su manera de vivir y

enseñar. Y así el monesterio se partió como en bandos, aprobando unos y reprobando otros lo que oían de su doctrina.

En este espacio de tiempo, aquellos padres religiosos, con buen celo, movidos de la libertad con que hablaba y del concurso de la gente que le oía y del rumor que de sus cosas ya tan sonadas había en la ciudad (el cual casi nunca se mide al justo con la verdad), y viendo los tiempos tan sospechosos y peligrosos, temiendo que so capa de santidad no se escondiese algún mal que después no se pudiese tan fácilmente atajar, dieron parte de lo que pasaba al provisor del obispo. El cual, al cabo de los tres días, envió al monasterio su alguacil, y él llevó nuestro Ignacio a la cárcel con su compañero. (Vida I, XV).

Ribadeneyra comienza haciendo la pelota a los dominicos (“*aquel insigne monasterio de San Esteban*”) y disminuyendo la tensión en varios aspectos pues, silenciando el poco tiempo que llevaban en Salamanca, 10 o 12 días según el Relato, evita la asociación con el acoso de Alcalá, también capitaneado por los dominicos. Devalúa, además, el tono amenazante suprimiendo el estilo directo (<<Los Padres de la casa os querían hablar >>) y entibiando la frialdad del mensaje con un falso interés (“*los frailes de aquella casa tenían gran deseo de oírle y hablarle*”), así como haciendo desaparecer la expresión de extrañeza (<<En nombre de Dios >>) con la que Loyola muestra su sorpresa ante una anómala invitación que le huele a chamusquina.

También Ribadeneyra se inventa una buena disposición a la visita (“*Ignacio respondió que iría de buena gana, cada y cuando que se lo mandase*”) y, especialmente, una amabilidad, una ternura y comprensión (“*mirando con rostro alegre a nuestro padre, le dijo con palabras blandas y graves*”) que en el Relato no aparece por ninguna parte, pues la afabilidad mencionada (“y el soprior con buena afabilidad empezó a decir cuán buenas nuevas tenían de su vida y costumbres, que andaban predicando a la apostólica”) acaba revelándose como una alevosa estrategia para engatusar y detener. Nada de “*consuelo*”, ni de admiración por “*vuestra santa vida*”, ni de “*gozo*” colectivo, todo el fragmento atribuido al vicario está manipulado para convertir la insidiosa estrategia en un acto de responsabilidad, comprensión y admiración hacia Loyola.

El astuto ardid denunciado en el Relato como forma de ganarse la confianza, ha sido transformado en un gesto paternalista, bondadoso y sin la cruel intencionalidad original, desdibujada con el cariñoso insulto “*sois unos simples idiotas y hombres sin letras*”.

En general, aunque Ribadeneyra ofrece toda la información, la diluye y descarga de su fuerza dramática, de la agresividad y malicia del interrogador, transformado en un eclesiástico justo y receloso ante el acoso de la herejía. La misión de Ribadeneyra es claramente justificar la actuación de los dominicos, presentarlos como cautos y justos protectores del acosado catolicismo.

El principal problema del Relato radica, pues, en la verdad precisa y descarnada con que se narran los acontecimientos en los capítulos VI, VII y VIII, donde no solo aparecen puntualmente las veces y el número exacto de días que estuvo injustamente encarcelado Loyola, sino que se dejan entrever abusos indecorosos, irregularidades jurídicas, nombres de personas especialmente ensañadas, protagonismo de los dominicos, gestos iracundos de los inquisidores y otros detalles que se irán comentando poco a poco.

¿Un descuido de Loyola? Rotundamente no, pues, como hemos dicho, el Relato es un libro muy meditado, fruto de la costumbre, impuesta por él mismo en la orden, de reflexionar ampliamente las cosas antes de acometerlas y, sobre todo, de escribirlas. Además, como también se ha visto, conocía las versiones de sus compañeros sobre estos mismos acontecimientos, por ejemplo, la de Laínez, muy parecida, aunque mucho más diplomática, restando importancia a las persecuciones y rebajando el vergonzoso protagonismo de unas instituciones que aún mantenían los mismos comportamientos e

incluso de forma más extremada. Pero él prefirió contar la verdad sin añadir ni quitar nada, incluyendo incluso frases contra la Inquisición que en aquellos momentos nadie se atrevía a publicar

El peregrino dice que harán lo que les es mandado. Mas no sé, dice, qué provecho hacen estas inquisiciones: que a uno tal no le quiso dar un sacerdote el otro día el sacramento porque se comulga cada ocho días, y a mí me hacían dificultad. (R, 59)

Por muy liviana que nos parezca esa insignificante crítica a la Inquisición, debe tenerse en cuenta que, tanto en el momento de pronunciarse (1526) como en el de escribirse (1555), fue una auténtica osadía. Pero Loyola se encontraba en Roma, alejado de la Inquisición española y al amparo del papa, por eso no tuvo reparos en escribir una verdad que, de entrada, no iba a publicarse, y mucho menos en España. La realidad fue otra, la obra se expandió, soterrada e incontroladamente, provocando entusiasmos y, sobre todo, rechazos de quienes ejercían el control ideológico.

La misión de Ribadeneyra, por mandato de Borja¹⁵², fue, pues, modificar y edulcorar todos los acontecimientos de Alcalá, Salamanca y París, haciendo que aquellos jueces no aparecieran como injustos represores, sino como celosos y bondadosos guardianes de una Iglesia católica en estado de alerta.

Ahora, por fin, quedaban claras las razones del secuestro del Relato y la sustitución por una biografía que aplacara, definitivamente, el ánimo hostil de los dominicos hacia la Compañía, todavía, como dijimos, acosada en España por la Inquisición.

En suma, tras la muerte de Loyola, la Compañía, para ganar estabilidad, estaba siendo obligada a realizar un plan de ajuste en el que se incluían una serie de acontecimientos dirigidos a rebajar la fuerza revolucionaria y crítica que la figura de Loyola le había proporcionado, solo así conseguirían la paz deseada y la beatificación (1609) y canonización (1622) de Loyola, en la que tanto dominicos como inquisidores jugaban un papel decisivo.

CARTAS MARCADAS

La prueba de que toda esta historia fue un pacto acordado entre las dos órdenes y la Inquisición para poner fin a una guerra que los desprestigiaba y carecía de sentido desde el momento en que la Compañía había abandonado su vertiente progresista, son las dos cartas elogiosas del dominico Fray Luis de Granada que figuran al frente de la Vida desde la edición de 1586.

PARA EL PADRE PEDRO DE RIVADENEIRA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

M. R. P. en Cristo. Gratia et pax Cristi, etc.

Vuestra Paternidad me ha ganado por la mano, porque deseaba escribirle y darle las gracias por este libro que los padres de aquí me habían dado como a hijo antiguo, que saben ser yo de la Compañía; el cual he leído y ahora torno a leer la quinta parte, maravillado de la vida y heroicas y admirables virtudes de aquel nuevo espejo de virtud y prudencia, que en nuestros tiempos envió dios al mundo para salud de infinitas almas. A todos mis amigos, sin recelo de lisonja, he dicho lo que siento de este libro; y es que en esta nuestra lengua no he visto hasta hoy libro escrito con mayor prudencia y mayor elocuencia y mayor muestra de espíritu y doctrina en la historia, y mayor temperamento en

¹⁵² “Ribadeneira muestra por Borja una estima fuera de límites, y en los puntos más conflictivos se abstiene de dar su juicio” García Hernán 2000: 27.

alabar su instituto, sin perjuicio de todas las órdenes, antes con grande loa de todas ellas y de sus institutos, y más discretas y concluyentes razones para defender y aprobar los suyos, de cuantos hay en semejantes o desemejantes materias escritos. Y ha propuesto V. P. a todos los hijos de la Compañía un perfectísimo dechado de todas las virtudes del padre de ella, que ellos trabajarán siempre por imitar; y N.S. pagará a V.P. el fruto de este trabajo, y el beneficio perpetuo que en esto hace a todos sus hermanos presentes y venideros. Y fue cosa muy conveniente hacer V.P. esto en este tiempo, donde da testimonio de muchas cosas como testigo de vista, y otras que pasó con el Padre; y hace más verdadera su historia, pues se escribió en tiempo de tantos testigos de vista, donde no era lícito desviarse un cabello del hilo de la verdad. Por aquí entendido ser verdad lo que dijo Quintiliano, que la elocuencia era virtud y parte de la prudencia, por ser ella prudentia dicendi. Sea nuestro Señor bendito, que guió a V.P. en esta derrota por camino tan derecho, que _ sin envidia alabó su orden y sin querella engrandeció las otras. El cual more siempre en la muy religiosa alma de V.P. con abundancia de su gracia. De Lisboa, víspera de San Juan, de 1584. De V.P. siervo indigno por Cristo,

Fray Luis de Granada”

De la primera línea se deduce que, tras haber enviado el libro, Ribadeneyra, impaciente, ha escrito previamente a Granada requiriéndole su opinión ya que, según éste, se ha anticipado ("*ganado por la mano*") al propósito de contestarle. En general se trata de una carta de compromiso en la que, además de los tópicos laudatorios de una crítica interesada, llama la atención la insistencia de Granada en alabar la prudencia del libro con las otras órdenes religiosas

-y es que en esta nuestra lengua no he visto hasta hoy libro escrito con mayor prudencia y mayor elocuencia y mayor muestra de espíritu y doctrina en la historia, y mayor temperamento en alabar su instituto, sin perjuicio de todas las órdenes, antes con grande loa de todas ellas y de sus institutos

-Sea nuestro Señor bendito, que guió á V.P. en esta derrota por camino tan derecho, que sin envidia alabó su orden y sin querella engrandeció las otras

Dos veces resalta el buen trato, pues era uno de los objetivos esenciales de la Vida, ocultar las críticas del Relato a los demás ("*alabar su instituto, sin perjuicio de todas las órdenes*") y demostrar que, entre todos, había buen rollo.

Colocando al frente del libro la carta de Granada y la dedicatoria al Inquisidor general, Ribadeneyra anunciaba, indirectamente, que la guerra contra los jesuitas había finalizado. El satisfactorio cumplimiento del pacto que significaba el secuestro y sustitución del Relato más el giro ideológico de la Compañía, abría las puertas del cielo para que Loyola pudiera convertirse en el santón de libro que buscaban.

No es casual que, tanto el libro de Ribadeneyra como la *Introducción del símbolo de Fe*, de Granada, publicada también en 1583, estén dedicadas al Inquisidor general Gaspar de Quiroga. El tono de Granada en su dedicatoria es hermanísimo del de Ribadeneyra, tanto por el lenguaje empalagoso como por las acusaciones de pestilentes y malvados que dedica a todos los que no están dentro de la ortodoxia católica, pues su opinión es que "la verdadera y perfecta religión es la nuestra, y que no hay otra fuera de ella"¹⁵³.

¹⁵³ Granada 1989: 115.

Se nota que los tres han juntado la merienda. Los jesuitas, retirando el Relato, ocultan las graves acusaciones que implícitamente contiene contra dominicos e inquisidores, los cuales corresponden con el cese de los hostigamientos¹⁵⁴ a la Compañía, a la que integran en el poder y apoyan en la canonización del fundador.

Granada finaliza la carta ensalzando de nuevo la estrategia de Ribadeneyra y, con su mismo estilo, ratificando la veracidad de la Vida con unos supuestos "*testigos de vista*"

se escribió en tiempo de tantos testigos de vista, donde no era lícito desviarse un cabello del hilo de la verdad

Una hipócrita y malévola conclusión sostenida sobre el terror y el miedo, porque ¿quién podía atreverse a opinar contrario, a salirse del estrecho, único y lícito hilo de la verdad impuesta? ¿Era el Relato una mentira?

Referir, por último, el reproche implícito a Loyola que conlleva la carta, pues elogia a Ribadeneyra porque "*sin envidia alabó su orden y sin querella engrandeció las otras*" ¿No se aprecia ahí un gran resentimiento hacia Loyola, indirectamente acusado de envidioso al haber hecho lo contrario?

Además de esa primera carta, Granada escribió otra, no sabemos si de motu proprio o a instancias de Ribadeneyra, ensalzando a Loyola y los méritos literarios del libro.

DE OTRA DEL MISMO PADRE, RESPONDIENDO A UNA DEL PADRE RIVADENIRA

Cuanto toca al libro de V.P., confieso que no dije en la carta (de 23 de Junio) todo lo que siento. El fruto de él será que el padre Ignacio no murió, sino que está tan vivo el retrato de virtud en esas letras, como si lo estuviera entre nosotros, y ahí lo tienen siempre vivo sus hijos para ver en él, no la carne y sangre, sino su espíritu y vida, y ejemplos de virtudes. Y lo que más noté en esta historia, es que el que escribe la vida de un santo ha de participar el mismo espíritu de él para escribirla como conviene; lo cual aprendí, no de Quintiliano, sino de san Buenaventura, que escribe la vida de su padre san Francisco; y como él participaba el mismo espíritu del Santo, así la escribe muy bien escrita, aunque las palabras no sean ciceronianas. Y para decir la verdad sin lisonja, esto fue lo que más en su historia me contentó, porque en ella vi en el hijo el espíritu de su padre; y porque éste es don del Padre de los espíritus, a él debe V.P. dar las gracias. Y así le confieso, que ninguna cosa hay en la escritura que me desagrade, sino que todas me edifican y contentan; y querría, por una parte, no perderlas de la memoria, y por otra, que del todo se me olvidasen, por leer muchas veces el mismo libro con el gusto que recibí la primera vez que lo leí. Los milagros que V.P. al cabo refiere, son para mí tanto más admirables que los otros, cuanto es de mayor fruto la mudanza de

¹⁵⁴ “conviene hacer diferencia de lo que toca a la Inquisición, y de lo que toca al gobierno y Instituto de la Compañía; en esto no tienen ellos que meterse, y si los malcontentos se quejan, acudan al Padre general, o al papa que es superior y ha aprobado el Instituto. Lo que toca derechamente a la Inquisición, aunque su Santidad lo pueda acabar como señor supremo, y lo debería acabar si no lo quisieren estos señores hacer, todavía desearía yo que se acabase presto y bien por su mano de ellos, y que para esto aprovechase la autoridad de su S., así porque creo que se acabaría más presto, como porque juzgo que no nos conviene quedar encontrados perpetuamente con la Inquisición, pues no se acabarán con esta causa las demás que habemos de tener con ellos, y las molestias y vejaciones que cada día nos podrán dar si quedan desgustados” (Carta de Ribadeneyra fechada en agosto de 1587) Ribadeneyra 1923: 79.

“Yo he sido hasta agora de parecer que nos debíamos sujetar en todo a la Inquisición; y agora también lo soy en lo que toca a su tribunal, obediendo a sus mandatos, y no usando de los privilegios que tenemos más de lo que estos señores quisieren. [...] Mucho quisiera que, pues la persecución es grande y general y tan descubierta, que se hubieran ordenado en toda España algunas oraciones particulares” (Carta al P. Aquaviva, junio 1587). Ribadeneyra 1923: 80.

los ánimos que la de los cuerpos. San Bernardo refiere en la vida de san Malaquías, que este santo resucitó un muerto; y después dice que mudó el corazón de una mujer muy brava, y este segundo tiene por mayor milagro que el primero: y tales son los milagros de este santo varón, que son las mudanzas de corazones y vidas, que él y sus hijos han hecho en todas las partes del mundo. ¿Y qué mayor milagro que haber tomado dios á un soldado desgarrado y sin letras, y tan perseguido del mundo, por instrumento para fundar una orden de que tanto fruto se ha seguido, y que en tan breve tiempo se ha extendido por todas las naciones del mundo? Sea, pues, bendito el Autor de tales maravillas; el cual more en el animo de V.P. con abundancia de su gracia. De Lisboa, a 28 de Julio. Indigno siervo de V.P.

Fray Luis de Granada.

En esta segunda carta, Granada, comprendiendo que con la primera no había cumplido claramente el objetivo deseado, se dedica a ensalzar a Loyola y al libro para, con su autoridad y prestigio, despejar las muchas dudas y polémicas producidas tras su publicación, para que sirviera como certificado de calidad y como testigo de las buenas relaciones existentes entre las dos órdenes.

Hago aquí un breve inciso para introducir una anécdota que dice mucho sobre las sutilezas literarias con las que se negociaba en el siglo XVI y sobre la eterna propensión a la ceguera de determinadas personas cuando leen.

Resulta que habiéndose publicado en mis anteriores libros las dos cartas de Granada y las mismas conclusiones arriba expuestas, cierto entendido en la materia, hablándome “con franqueza y buena fe”, las tachó de absurdas e interesadas, de buscar tres pies al gato por pura necesidad de reforzar mis oblicuas lecturas¹⁵⁵.

Pues bien, quiso la Historia, y tal vez la inopia de quienes seleccionan-expurgan los textos publicados por la Compañía, que poco tiempo después encontrara otras dos cartas que demuestran que las anteriores de Granada fueron un montaje sutilmente diseñado por la Compañía.

En la primera, el prepósito General Aquaviva comunica a Ribadeneyra (12 de agosto de 1585) su opinión sobre la idea de colocar las cartas de Granada al frente de la Vida

y aunque parece conveniente que la carta del p. Fray Luis se ponga en el de romance, pero creo sería bien que la pusiese el librero como de suyo, diciendo dos palabras, que aquella letra ha venido a sus manos y, por parecerle a propósito para la autoridad del libro, la ha querido poner en él; porque con estas o otras semejantes palabras estimo no se faltará a la modestia religiosa. Esto digo porque, como el p. Fray Luis en aquella carta alaba los trabajos de V.R., será sin ofensión de la modestia que el librero mismo la ponga y no vuestra R., a quien toca.¹⁵⁶

Aquaviva, consultado previamente sobre la conveniencia de colocar la carta, acepta que se haga, pero como iniciativa del librero, para que no parezca vanidoso y,

¹⁵⁵ Algo, por otra parte, lógico teniendo en cuenta que especialistas como de la Fuente tampoco aprecian ningún síntoma de montaje en estas cartas: “Se dirá que éstas son frases de cortesía y buena crianza, elogios de esos que solían poner los aprobadores de oficio en las pomposas declamaciones que, con el título de *censuras*, daban a veces a los libros algunos amigos, que al afecto se buscaban, y que convertían la censura en *juego de compadres*. Pero ni fray Luis de Granada era hombre de tales tratos, ni en su franqueza austera y sencilla solía gastar tales hipérboles, ni la carta dirigida podía tener tal objeto, siendo breve, confidencial y no destinada a la publicidad, sino a una expansión del corazón.” “Diferencias grandes se echan de ver entre la edición de 1583 y la de 1605, y gran cambio en el lenguaje, de tal manera, que no parece de un escritor mismo” Ribadeneyra 1952: XX.

¹⁵⁶ Ribadeneyra 1965: 30.

probablemente, para evitar que el gesto se convierta en un símbolo de capitulación. Por eso lo importante era colocarla como idea ajena, para que, indirectamente, quedara de manifiesto la magnífica relación entre ambas órdenes.

La segunda, es la nota del supuesto editor

El impresor al lector. Estándose imprimiendo este libro, vinieron a mis manos estas cartas del muy Reverendo Padre Fray Luis de Granada, de la Orden de Santo Domingo, para el P. Pedro de Ribadeneyra, de la Compañía de Jesús. Hame parecido ponerlas aquí para que el Cristiano lector sepa lo que este excelente varón, y por su santa vida y admirable doctrina tan conocido y estimado en el mundo, siente de esta presente obra. Y aunque el autor de ella no quiso ponerlas en la segunda impresión que hizo de este libro, y sé que no ha de gustar de ello, todavía me he atrevido a ponerlas en esta tercera, porque el libro no carezca de testimonio tan grave, y el que le leyere deje de gozar del estilo y espíritu del padre Fray Luis, que en ellas (como en todas las demás obras suyas) resplandecen¹⁵⁷.

La nota del librero, tan hipócrita y falsa en su estudiada ingenuidad, colma las expectativas del plan fraguado, pero con tanta precisión que provoca la sospecha de que su autor sea el propio Ribadeneyra, según se deduce del estilo y vocabulario. Y, además, sirve para ratificar la trascendencia que, entre Roma y España, se le dio a detalles aparentemente tan insignificantes.

En resumen, Ribadeneyra escribe la Vida basándose fundamentalmente en el Relato, al que apenas cita como fuente y del que hace desaparecer los posibles amores juveniles de Loyola (se verá más adelante), el humanismo primitivo de su camino ascético, las influencias erasmistas, las acusaciones de iluminista y los detalles menos halagüeños de sus encuentros con los dominicos y la Inquisición.

Evidentemente el libro no gustó a todos los jesuitas, sobre todo en España, y muy especialmente en Alcalá, a quienes todavía en 1584 se dirige el preposición Aquaviva negándoles la petición del Memorial de Gonçalves que habían solicitado

Sintomático es, al respecto, lo ocurrido en el generalato de Aquaviva: la congregación provincial de la provincia jesuítica de Castilla solicitó al general una copia del Memorial; pero Aquaviva la negó en su respuesta de noviembre de 1584. Merece la pena transcribir textualmente esta respuesta, traducida del latín: <<Lo que parecía que se debía dar a conocer, ya se halla en el libro del Padre Ribadeneira; lo restante no es conveniente que ande en manos de todos>>¹⁵⁸.

Es precisamente la “congregación” de Alcalá, donde los jesuitas habían fundado en 1546 el ‘collegii Complutensis S. I’, quien solicita el libro.

Alcalá debió ser uno de los lugares donde Loyola gozó de más admiración como erasmista y heterodoxo. Allí quedó latente su recuerdo de pobreza y sacrificio acorde con el Evangelio. Y allí, acusado de iluminista, sufrió los primeros ataques de la autoridad episcopal, pero también recibió el generoso apoyo de muchos ciudadanos.

En Alcalá dejó, pues, un recuerdo de persona comprometida con el cristianismo apostólico que predicaba, y eso debió propagar su fama y extender el círculo de sus admiradores, que hasta no tener la Vida en sus manos no terminaron de comprender la estrategia trazada desde Roma, el giro ideológico y la traición definitiva al legado de Loyola que se consumó con el ‘alejamiento’ de los españoles de la dirección de la orden.

¹⁵⁷ Ribadeneyra 1965: 57.

¹⁵⁸ Gonçalves 1992: 28.

¿Qué luchas internas surgieron en la Compañía tras la muerte de Loyola? ¿Además de Borja, tuvo Laínez¹⁵⁹, su antecesor, algo que ver con el giro ortodoxo de la orden y la retirada de los escritos de Gonçalves?

El caso es que hasta ya entrado el siglo XVII, con la Compañía plenamente integrada en la Inquisición, no finalizará la historia de persecuciones y rencillas, internas y externas, que acosaron a la orden durante casi cincuenta años.

Habrà que esperar a que se desclasifique, en su totalidad, la parte hasta ahora reservada de la historia de la Compañía. Solo insistir, pues no se suele reflexionar en ello, que la sucesión de Loyola no se produjo tal como él dispuso, sino que, aprovechando la ausencia de Nadal, hubo una subversión en el generalato que terminó favoreciendo a Laínez y dio principio a un largo y soterrado cisma entre dos corrientes ideológicas que convivieron a duras penas durante bastantes años.

Destacaron en ese bando ‘los españoles’, los más firmes defensores del Relato y del legado, en general, de Loyola, razón por la que fueron “lanzados de Italia”¹⁶⁰ y apartados de las profundas reformas de Borja, Mercuriano y Aquaviva, que alejaron definitivamente a la Compañía del espíritu ideológico del Relato y de Loyola. No es de extrañar que, todavía en la segunda mitad del siglo XX, algunos historiadores de la Compañía necesiten, como en acto fallido, reafirmarse en la fidelidad al espíritu de Loyola¹⁶¹.

CENSURAS INTERNAS

El rechazo a la Vida se manifestó también a través de distintas censuras hechas por sus mismos compañeros, que las enviaron, por escrito, a Roma mostrando sus desacuerdos. Las hay de todo tipo, pues la obra, además de un panegírico a Loyola, es también un compendio de la historia de la Compañía, pero con tanta alabanza, tanta palabrería y lugares comunes de la literatura religiosa, que hoy día resulta insoportable, disparatada y, especialmente, increíble.

En general, recibió multitud de críticas en todos los aspectos, pero fundamentalmente por la falta de verosimilitud y precisión en los datos, bien por atribuirle a personas hechos que no les corresponden con el fin de engrandecer sus figuras, o por imprecisiones geográficas, históricas, etc. En la edición de *Fontes Narrativi* aparecen censuras de 15 autores, cada uno criticando específicamente los aspectos que mejor conoce, de forma que casi toda la obra queda en entredicho, al tiempo que se demuestra la existencia de una gran cantidad de jesuitas conscientes y en desacuerdo con las nuevas directrices de Roma.

¹⁵⁹ “Hase pretendido que Laínez modificó profundamente, en esta Congregación, la obra de san Ignacio, <<encauzando el gobierno del Instituto hacia el absolutismo, dándole por ley fundamental la voluntad del superior>>, casi asimilándole a aquellas antiguas comunidades musulmanas, que eran conocidas en España desde hacía mucho tiempo y en las cuales se debió inspirar (Hermann Muller, *Les origines de la Compagnie de Jésus*, pág. 246-258). Parece indiscutible que las Constituciones aprobadas en 1556 introdujeron algunas modificaciones en el texto primitivo de san Ignacio; pero no fueron sino modificaciones de detalle, conformes con las miras del fundador e inspiradas en su espíritu. Véase E. Joly, *Saint Ignace*, págs. 185-189 [...] El descontento de los españoles explotó durante el generalato de Claudio Aquaviva, italiano. Querían procuradores y un comisario general para su país, con una autoridad independiente del General. Felipe II apoyó sus pretensiones; Sixto V sostuvo al General [...] Estas querellas intestinas de la Compañía de Jesús las refiere detalladamente el P. Antonio Astrain en su *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*” Mourret 1921: 667 y 670.

¹⁶⁰ Rivadeneira 1952: XIII.

¹⁶¹ “Sería fácil demostrar cómo, a lo largo de cuatro siglos de historia, la Sociedad de Jesús ha permanecido fiel al espíritu de su Fundador” Guillerrou 1963: 166.

ESTILO

De la falsedad de la Vida participa, fundamentalmente, su estilo, ya que para todo el trabajo de engaño y verdades a medias que le caracteriza, su autor desarrolló una serie de recursos envolventes que dificultan la lectura.

Frente a la sobriedad del Relato choca, desde el principio, su tono acaramelado y humildemente pretencioso, y sus falsos propósitos, pues desde la dedicatoria se promete que el libro será verdadero, breve y de peso. Tres promesas ampliamente incumplidas con la prolijidad y otros detalles de retórico vanidoso

-Bien veo cuán dificultosa empresa es la que tomo.

-y para igualar con mi bajo estilo la grandeza de las cosas que se han de escribir.

-Mas, para llevar con mis flacos hombros esta tan pesada carga.

-aunque por mi poca salud me será grave.

arrogándose, desde las primeras páginas, una constante ayuda celestial, una especie de inspiración divina

-Comienzo, hermanos en Cristo carísimos, con el favor divino, a escribir la vida.

-Así que todo lo que diremos de nuestro bienaventurado padre Ignacio, manó como río de la fuente caudalosa de Dios.

y también una garantía de autenticidad basada en un...yo lo conozco de toda la vida y estuve, privilegiadamente, junto a él

-Y toca a mí hacer esto más que a nadie, así porque, de haberme criado desde niño a los pechos de nuestro B.Padre, soy testigo.

-bienaventurado varón y padre mío, que me engendró en Cristo, que me crió y sustentó.

-en nuestro B.P. Ignacio a cuyos pechos me crié desde mi niñez y tierna edad [...] dentro y fuera de casa, en la ciudad y fuera de ella, no me apartaba de su lado, acompañándole, escribiéndole y sirviéndole en todo lo que se ofrecía, notando sus meneos, dichos y hechos, con aprovechamiento de mi ánimo y particular admiración [...] pude ver y notar, no solamente las cosas exteriores y patentes que estaban expuestas a los ojos de muchos, pero también algunas de las secretas que a pocos se descubrían.

Pero lo más criticable del libro es la repetida insistencia en contar la verdad

Y porque la primera regla de la buena historia es que se guarde verdad en ella, ante todas cosas protesto, que no diré aquí cosas inciertas o dudosas.

cuando el Relato demuestra, como hemos visto y seguiremos viendo, no solo que calla cosas muy importantes, o las dice a medias, sino que muchas de sus afirmaciones e interpretaciones son inciertas.

Además de la abundantísima fraseología de la época, Ribadeneyra abusa hasta la saciedad de sinonimias, juegos de palabras y “temas y motivos comunes a la predicación de su tiempo”¹⁶², contraviniendo con ello, además de las enseñanzas de los Ejercicios¹⁶³, su repetido y falso propósito de brevedad

-entr ambas saque el cuerdo lector, de la llaneza y brevedad con que se dicen, la verdad y peso de las mismas. (Al cristiano lector)

-Y como tuve tanta cuenta con la brevedad. (Al cristiano lector)

-quise yo tocarlo aquí, y declarar con brevedad. (A los hermanos)

-los cuales no se pueden referir en escritura tan breve como ésta. (Vida II, XIX)

¹⁶² Garau 2010: 186.

¹⁶³ “No decir palabra ociosa, la cual entiendo cuando ni a mí ni a otro aprovecha” Loyola 1991: 40: 234.

También abusa del estilo directo, de frases, pensamientos y largos monólogos interiores atribuidos a Loyola, pero inventados por él. Conozcamos un ejemplo, con larga intervención en estilo directo, encaminado a infundir admiración y miedo a los lectores

Estuvo en Alcalá un tiempo en el hospital que dicen de Luis de Antezana, el cual estaba muy infamado en aquella sazón, de andar en él de noche muchos duendes y trasgos. Pusiéronle en un aposento donde más se sentían estos ruidos y fantasmas. Estando allí una vez a boca de noche, parece que todo se estremeció, y que se le espeluzaron los cabellos, como que viese alguna espantable y temerosa figura; mas luego tornó en sí, y viendo que no había que temer, hincóse de rodillas, y con grande ánimo comenzó a voces a llamar, y como a desafiar los demonios, diciendo: “Si Dios os ha dado algún poder sobre mí, infernales espíritus, heme aquí ejecutadle en mí, que yo, ni quiero resistir, ni rehúso cualquiera cosa que por este camino me venga; mas si no os ha dado poder ninguno, ¿qué sirven, desventurados y condenados espíritus, estos miedos que me poneis? ¿Para qué andáis espantando con vuestros cocos y vanos temores, los ánimos de los niños y hombres medrosos tan vanamente? Bien os entiendo; porque no podéis dañarnos con las obras, nos queréis atemorizar con esas falsas representaciones.” Con este acto tan valeroso, no solo venció el miedo presente, mas quedó para adelante muy osado contra todas las opresiones diabólicas y espantos de Satanás. (Vida V, IX).

¿Quién puede admitir tal patraña y pamplina histórica inspirada en cuentos y leyendas populares?

Veamos otra, de corte parecido, pero orientada a fomentar el odio y temor a los herejes

El espíritu de todos los herejes es espíritu de libertad, de blasfemia, de maledicencia, de tiranía, de crueldad y de soberbia, porque es espíritu de Satanás que en ellos se reviste, y el de Lutero y sus discípulos es más abominable y más perverso que ninguno de todos los herejes pasados. Y para que sepamos claramente, sin que se pueda poner duda, quién era el que le movía y guiaba en lo que pensaba, decía y hacía contra la Iglesia Católica, él mismo confiesa y escribe que conocía al demonio y que había comido algunos celemines de sal con él y que muchas veces le aparecía y argüía y disputaba con él, y le proponía razones sofísticas y argumentos falsos y aparentes contra las verdades macizas y antiguas de nuestra santa religión, y especialmente contra el sacrosanto sacrificio de la Misa y contra la reverencia y acatamiento que se debe a tan soberano y divino misterio. (Vida II, XVIII).

Con ejemplos como ese, hasta los más acérrimos defensores de Ribadeneyra desapruaban sus negras tintas, sus exageraciones y falacias manifiestas “y en detrimento de los mejores sentimientos cristianos”¹⁶⁴.

En general, la Vida carece prácticamente de ideas y noticias originales. Toda está sembrada de párrafos enteros de sus predecesores, de los autores clásicos o de la literatura popular y de púlpito o confesionario. Si eliminásemos lo que le es ajeno, sus papeles “quedarían en blanco”¹⁶⁵ pues, como dice Montaigne, quienes “tienen exigua la materia hínchala con palabras”¹⁶⁶ vacías de contenido y cargadas de dobles y triples sinónimos que las hacen interminables

-cuanto pueden los avisan, defienden, rigen, alumbran, mueven y ayudan para lo bueno. (Vida V, XII)

¹⁶⁴ Ribadeneyra 1961: XI.

¹⁶⁵ Montaigne 2008: 200.

¹⁶⁶ Montaigne 2008: 212.

-y con las *poderosísimas y felicísimas* armas de los gloriosos reyes de Castilla y de Portugal se *conquistase, allanase y sujetase* para grande gloria del Señor y dilatación de nuestra santa Religión. (Vida II, XIX)

o de absurdas paranomasias, como “*tales telas*”, “*cosa acaso*”, “*hombros de hombres*”, etc.

También abusa de todo tipo de alegorías militares o marinas

Y trató muy de veras consigo mismo de mudar la vida y enderezar la proa de sus pensamientos a otro puerto más cierto y más seguro que hasta allí, y destejer la tela que había tejido, y desmarañar los embustes y enredos de su vanidad. (Vida I, II)

y de encadenar refranes, o sentencias, a la manera desordenada del futuro Sancho Panza *no se debe tener en poco lo poco, si con ello se alcanza lo mucho; y en el camino de la perfección, quien menosprecia lo bajo, cerca está de caer de lo alto; y por el contrario, Cristo nuestro Señor nos enseña, que el que es fiel en lo que es poco, también lo será en lo que es mucho.* (Vida V)

Y mientras con sus amigos aparece excesivamente adulator y empalagoso, con sus enemigos se muestra tremendamente cruel.

En conjunto, la Vida es un ejemplo paradigmático de amplificatio, pues está hinchada a base de inútiles divagaciones y cláusulas explicativas que la hacen monótona e insoportable. Entre otras cosas porque, lo que en principio iba a ser una biografía encomiástica y pacificadora, se convirtió en un montaje propagandístico sin precedentes en la historia de las religiones, sin ningún respeto a los preceptos esenciales de la tradición humanista ni de la retórica, cuyas reglas impiden introducir lo falso como verdadero en obras didácticas o históricas.

En fin, además de una prosa tediosa y sobrecargada¹⁶⁷, en la Vida abundan adulaciones a la Inquisición y desmedidos insultos a protestantes, musulmanes y judíos¹⁶⁸, con lo que Ribadeneyra cumplió el encargo de retocar algunos aspectos del Relato y, además, colocó a la Compañía de Jesús en la vanguardia opresiva de la contrarreforma, a la vez que despojaba el legado de Loyola de su fuerza revolucionaria.

En ese sentido, la Vida se sumó a la moda de los falsos cronicones, donde supuestos historiadores, en su mayoría eclesiásticos, inventaban santos, milagros, leyendas y todo tipo de tradiciones favorables a la Iglesia. Entre todos ellos destacó la *Historia de Toledo*, del también jesuita Román Higuera, cuyas disparatadas y fantasiosas falacias nadie se atrevió a desmentir hasta mediados del siglo XVIII.

Si aquellos cronicones, donde la mentira era tan patente, no podían ser atacados, ¿cómo atreverse con la Vida de Ribadeneyra y sus más indemostrables falsedades? No hay otra explicación al incomprensible prestigio otorgado durante siglos a este libro, maniqueo

¹⁶⁷ “Así como en el atuendo es fatuidad querer destacar por una vestimenta peculiar e inusitada, asimismo en el lenguaje, la búsqueda de frases nuevas y de palabras poco conocidas viene de una ambición pueril y pedante. ¡Qué no daría yo por poder imitar tan solo a los que trabajan en el mercado de París!. [...] La mayor parte de los lectores, piensan erróneamente haber conseguido un cuerpo igual, por haber encontrado igual ropaje. La fuerza y los nervios no se toman prestados; los adornos y la capa, sí.” Montaigne 2008: 230.

¹⁶⁸ “Porque, aunque cuando se instituyó en España la Inquisición pensaban los hombres que se instituía solamente para limpiarla de moros y judíos, porque no sabían las herejías que habían de nacer, pero el Señor que con su eterna presciencia sabe igualmente lo venidero, presente y pasado y quería atajar los daños que dellas a estos reinos podían venir, inspiró a los Reyes Católicos que fundasen y pusiesen en ellos un tribunal que había de ser la defensa, conservación y seguridad dellos, limpiándolos de las suciedades y abominaciones de los judíos y moros con echarlos fuera, y no dejando entrar en ellos las herejías y errores que en nuestros tiempos habían de nacer” (Vida II, XVIII)

y antisemita, incluido en el Catálogo de Autoridades de la Lengua y considerado como una obra maestra de la literatura religiosa.

En *Monumenta Historica Societatis Iesu*, por ejemplo, se ratifica la calidad de la obra con dos ilustres opiniones, la babosa de Menéndez y Pelayo

Es el P. Rivadeneyra uno de los prosistas más dulces, halagadores y amenos de nuestro siglo de oro. En su estilo todo es apacibilidad, discreta llaneza, perfume de beatitud, sabor de cielo, e ingenua y no aprendida elegancia. Con haber mucho arte, está bien disimulado [...] Es el P. Rivadeneyra autor más para leído de seguida que para citado y admirado por trozos sueltos.¹⁶⁹

y la pulcramente servil de Rafael Lapesa

La Vida de San Ignacio del P. Pedro de Rivadeneyra es, sin duda, una de las obras históricas más atractivas del siglo de oro. La técnica humanística, sabiamente aplicada a la vida del fundador y nacimiento de la Compañía de Jesús, da como resultado un tipo nuevo de relato en que la extraordinaria figura del biografiado resalta en toda su vigorosa genialidad. Se aparta del academicismo habitual en la literatura hagiográfica y, frente a la monotonía de ésta, ofrece sabor moderno [...] La crítica ha sido siempre favorable a esta obra, si bien más pronta al encomio que al análisis detenido.¹⁷⁰

Solo M. Bataillon, objetivo y ecuánime, ya apuntó la falta de credibilidad de Ribadeneyra¹⁷¹, además de señalar el desplazamiento del Relato por la Vida bajo el generalato de Borja, hecho, continúa Bataillon, que “traza una línea de separación entre dos tradiciones de la historiografía de la Compañía, una de ella preocupada por volver al *Relato del peregrino* y la otra”¹⁷² empeñada en mantener la imagen maquillada del santo y de la institución.

Reseñar, por último, que entre las múltiples modificaciones realizadas por Ribadeneyra en las sucesivas ediciones de la Vida, las más importantes son añadidos de carácter panfletario contra la herejía, más bastante propaganda destinada a fomentar, entre los pudientes, la enseñanza en los colegios de la Compañía.

EDICIONES

La Vida se editó profusamente tras su aparición y buena aceptación de crítica y venta, de hecho a la edición de 1583 le sucedieron otras en 1584, 1586, 1594, 1595 y 1605. Todas estuvieron dirigidas por Ribadeneyra, y en cada una fue añadiendo retoques

¹⁶⁹ Ribadeneyra 1965: 48.

¹⁷⁰ Lapesa 1934: 29.

¹⁷¹ “Creo que aquí sorprendemos a Ribadeneira en flagrante delito de deformación hagiográfica de los datos tomados de Gonçalves, ya que es muy probable que él mismo sea el "siervo de Dios" al que se refiere. No solo traslada el hecho al período de Barcelona y de los estudios de humanidades, porque de este modo embellece este período con una emotiva imagen de Ignacio como buen alumno, digno de servir de modelo a los pupilos de los colegios de la Compañía. Sino que además, según Gonçalves, Ignacio rechaza esta lectura a pesar de la autoridad de su confesor, en virtud de una simple prudencia humana, alarmada por las polémicas suscitadas por Erasmo, mientras que según Ribadeneira lo lee dócilmente, sin recelos, del modo más concienzudo como corresponde a un aprendiz de latinista; y solo por una especie de milagro del instinto ortodoxo desecha el libro, pues el enfriamiento en su devoción producido por esta lectura es lo suficientemente claro y repetido como para hacerle adoptar respecto a Erasmo la actitud hostil que será la de la Compañía. En realidad se comprende que a partir del momento en que Ribadeneira escribió su vida de san Ignacio hubiese querido hacer retirar de la circulación los escritos de Gonçalves¹⁷¹.” Bataillon 1978: 207.

¹⁷² Bataillon 2010: 22.

reveladores de su oculto cometido, hasta el punto que, como señala de la Fuente¹⁷³, entre la edición de 1583 y la de 1605 existen tantas diferencias y tantos cambios, incluso en el lenguaje, que no parecen del mismo escritor.

No obstante, lo realmente significativo para nuestro propósito es que a partir de la edición de 1605 (el mismo año en que se publica la Primera Parte del Quijote), la Vida no volvió a editarse, según los editores de Monumenta, hasta 1863, aunque de la Fuente habla de la existencia de una “curiosa y rara” edición de Madrid del año 1622.

RIBADENEYRA Y LOS DEMÁS BIÓGRAFOS

Ribadeneira siempre ha sido injustamente considerado como el primer biógrafo de Loyola, un privilegio del que le encantaba presumir y que pretendía en exclusividad, como queda patente en la siguiente carta en la que sugiere, sutilmente, la necesidad de acabar con las comprometidas fuentes biográficas de los *primi fundatores*

He añadido a la vida de N. P. algunas cosas, que a estos padres han parecido buenas y provechosas. Será lo añadido tanto como cualquiera de los cinco libros. Púseme a hacer esto, por no tener los papeles para la vida de N. P. Laynez. Heme holgado que no se haya vuelto a imprimir este librito (aunque muchos le desean y tienen por provechoso), porque ahora se podrá hacer con más plenitud, si a N. P. no pareciere que lo que me dicen que hace el p. Maffeo es más a propósito, que sí debe de ser; aunque mucho importa, para que la verdad de la historia se crea, el poder decir: - vi, oí, díjome, díjele -. Y pues hablo de esto, he sabido que lo que el p. Polanco escribió para que de ello se sacase la historia de la Compañía, se dio al p. Maffeo; hay en aquella escritura muchas cosas tocantes a faltas y sindicaciones de padres muy antiguos y graves de la Compañía, como Simón, Mirón, Torres, etc., y no es bien que anden en manos de gente nueva, ni aun de la antigua, pues no ha de vivir esta memoria para siempre¹⁷⁴.

En primer lugar se congratula de la no impresión del libro de Laínez, basándose, como siempre, en que, al estar incluido en su Vida, no era necesario, pues él lo había mejorado (“con más plenitud”). Pero también menciona, indirectamente, la existencia de algunos compañeros en desacuerdo con su libro y que requieren el de Laínez (“muchos le desean y tienen por provechoso”). E inmediatamente, alude, con falsa modestia a Mafei, otro de los biógrafos de Loyola que durante todos estos años preocupará a Ribadeneira y gracias al cual nos revelará su deseo de absoluto y único protagonismo en lo relativo a la biografía de Loyola, pues este Mafeo, o Mafei, jesuita joven que no llegó a conocer a Loyola, se empeñó en escribir una nueva biografía (1585) que Ribadeneira, hipócritamente, espera sea mejor que la suya (“que sí debe de ser”), aunque enseguida trata de quitarle cualquier valor, argumentando, ladinamente, que la información de Mafei no puede ser tan fidedigna como la suya (“vi, oí, díjome, díjele”). En realidad, busca una posición ventajista, imponiendo, como norma infalible sobre la verdad, el conocimiento directo de las personas. No satisfecho con tan malévolamente descalificación, añade su disconformidad con que se presten a “gente nueva” los escritos de Polanco, porque su deseo era que todos esos testimonios, como ya sabemos absorbidos por su Vida, desaparecieran “para siempre”

Es tanto su fastidio ante la presencia de Mafei como competidor, que incluso el preposición general Claudio Aquaviva (sucesor de Mercuriano, muerto el 19-2-1581) se ve obligado a calmarle, argumentando que no resulta inoportuna otra biografía de

¹⁷³ Ribadeneira 1952: 3.

¹⁷⁴ Ribadeneira 1965: 20.

Loyola, pues de Cristo hicieron cuatro los apóstoles y, en todo caso, se suprimirá cuanto sea contrario a lo dicho por él

La de V. R. de 30 de 8º recibí, y creo se acordará bien V. R lo que yo gustaba de este trabajo que V. R. ha tomado, tan provechoso a la Compañía, en sacar a luz la vida de la sancta memoria de nuestro padre Ignacio, y así me parece bien que se añada lo que V. R me escribe, y lo que acá se ofreciere que advertir, se avisará a V. R. con brevedad; y no hallo inconveniente de que se torne a imprimir en latín con esta adiciones, pues nunca se notó falta en el latín, sino antes por ventura lo contrario. Y cuando [el P. Maffeo aya acabado] se revea lo que ha escrito el p. Maffeo, se mirará con todo cuidado no haya cosa contraria ni diversa de lo que V. R. hubiere escrito, porque, teniendo cuenta con esto, ya V. R. sabe que no ofende, antes edifica y ayuda escribir muchos la vida de un santo, y el decir uno lo que otro deja, no es contrariedad, sino muy usado, y así se halla aun en los evangelios¹⁷⁵.

El tono tranquilizante y halagador de Aquaviva da idea del malestar de Ribadeneyra, tal vez porque debía estar escuchando muchas críticas que ignoramos, pero de cuya existencia dan cuenta esos compañeros ansiosos por conocer los escritos de Laínez, deseosos de contrastar las fuentes originales con la Vida.

El mismo cuidado en no herir a Ribadeneyra se aprecia en la siguiente carta, en la que Aquaviva comienza de nuevo alabando el resultado final del libro, aunque concluye con la posibilidad de introducir algunas correcciones

Hame sido de mucho consuelo que el trabajo y tiempo que V. R. ha empleado en la nueva edición de la vida de nuestro padre Ignacio de buena memoria aya salido tan bien, cuanto se ve por la mucha satisfacción y contento que a los de allá y acá ha dado. Espero en el Señor que, a medida del contento que da, será también la utilidad que de ella sacarán todos; y es muy importante, como V. R. me dice por la suya, que en la edición latina se añada lo que tiene añadido la española, para que todos la puedan gozar, aunque me parece que esto se dilate hasta tanto que la española más se comunique, extienda y reciba de todos; y en el entretanto, de acá enviaremos a V. R. algunas cosas que en ella se han advertido que, por ser tocantes al Instituto, convendrá corregirlas, y restampar solas aquellas hojas que fueren enmendadas, para que en ella no quede cosa en que se pueda reparar; y entonces se dará orden que por acá se traduzca en vulgar italiano.¹⁷⁶

El deseo de Ribadeneyra de expandir su libro con nuevas ediciones y traducciones no parece ser compartido en Roma, preocupados por los muchos reproches, incorrecciones y faltas graves que se habían apreciado en la edición castellana de la Vida.

Conozcamos, por último, el ‘informe’ sobre Ribadeneyra enviado, en 1578, por otro jesuita español al general de la Compañía, una especie de confidencia policial solicitada, muy probablemente, desde Roma

Rivadeneira es el que ha bullido mucho en Madrid, porque todas las veces que va o viene de Toledo a Alcalá, que es cada año, y la vez que vino de Roma, y la vez que fue y vino de Segovia, y aun otras veces, ha pasado por Madrid y se ha detenido días, y visitado cuantos ha querido; y el año pasado (como se ha ya escrito a V. P.) se juntaron en el escorial, estando allí el rey, Rivadeneira, Solier y Santander. Ego timeo [*yo temo*] a Rivadeneira, y no me agrada nada tanta liga y negociación de cartas cifradas como se escriben entre sí. Este hombre vive como hombre sui iuris [*independiente*]; y come carne perpetuamente, et necio

¹⁷⁵ Ribadeneyra 1965: 22.

¹⁷⁶ Ribadeneyra 1965: 25.

quo iure, porque yo no reconozco en él enfermedad sino unas dos roturas que trae; él come mucho, duerme bien, ríe, habla, visita, parla, alega de su antigüedad y de sus muchos trabajos y cargos que ha tenido, y tiene en todo buen pico para persuadir lo que quiere. Esta es su vida, y muéstrase resentido de algunos de ahí, y de algunos de aquí porque le han ido a la mano en las visitas de Madrid. Et forte [*Y quizá*] está resentido de ver que no le ocupan en cargos: porque cuando vino de allá, a boca llena decía que sin duda V. P. le ocuparía en cosas de importancia.¹⁷⁷

Tan dura semblanza de un ‘hermano’ dirigida al prepósito general Mercuriano, no solo ofrece la opinión de alguien que conoce bastante a Ribadeneyra, sino que, indirectamente, nos informa sobre su personalidad, expectativas y sobre el estado de frustración en que se encuentra por los años en que realiza la versión castellana de la biografía de Loyola. Alejado de Roma, consciente de la carga negativa de su ascendencia conversa en España y, probablemente, sin una verdadera vocación religiosa (no olvidemos que su ‘carrera’ fue una decisión familiar que, desde los catorce años, condicionó el resto de su vida), Ribadeneyra se dedicó a vivir como un consagrado y prestigioso escritor, aunque las obras que produjo en esos años de continuos éxitos literarios también revelan angustiosos complejos y una resentida fuga hacia delante en su insalvable trauma genético.

SITUACIÓN REINANTE

Actualmente la Compañía mantiene casi la misma postura oficial de principios de siglo, consistente en ignorar el asunto, seguir con el mismo secreteo en torno a la figura de Gonçalves y el Relato y la misma exaltación de Ribadeneyra y sus obras

Aunque Ribadeneira conoció a San Ignacio desde 1540, y le trató más o menos en varias épocas de su vida, principalmente le estudió en el trienio de 1552 a 1555. Entonces, mientras el P. Luis González de Cámara sacaba al santo la relación de que ya hemos hablado, Ribadeneira averiguaba por su parte lo que podía. Con los apuntes de Cámara, con lo que oyó a los PP. Laínez, Polanco, Nadal y a otros que trataron con Ignacio, y con lo que él mismo observó en el santo patriarca, formó Ribadeneira la primera Vida completa del santo, que es clásica entre nosotros. [...] La primera edición de esta Vida salió en latín, en Nápoles, el año 1572, y se reprodujo en otras ciudades. La Vida castellana, que tiene muchas adiciones y ventajas sobre la latina, salió a luz en Madrid en 1583, y el mismo Ribadeneira hizo en vida varias ediciones. Nos servimos de la edición de 1594, que parece haber sido la definitiva, pues aunque todavía hizo otra Ribadeneira en 1605, no parece que añadió nada a la anterior.¹⁷⁸

La información del historiador Astrain (cuya opinión es que la Vida está toda escrita “con aquel estilo terso, claro y sereno que caracteriza a Ribadeneira”) resulta totalmente aséptica y acorde con la línea oficial de la orden, hasta el punto de que entonces (1912) todavía habla solamente de “apuntes de Cámara”, sin atreverse a decir libro, ni a nombrarlo. Cosa que sí hacen los siguientes historiadores oficiales, aunque el progreso en la tarea de esclarecer los hechos parece escaso

Cuando San Francisco de Borja en 1566 encargó oficialmente al P. Ribadeneira que escribiese la *Vida de San Ignacio*, mandó que se recogiesen todos los ejemplares existentes del relato ignaciano, y aun prohibió que se leyese y propagase. La razón que daba Ribadeneira de esta prohibición era que, <<siendo cosa imperfecta [en el sentido latino de inacabada o fragmentaria], no

¹⁷⁷ Ribadeneyra 1920: 809.

¹⁷⁸ Astrain 1912: XXXII.

conviene que estorbe la fe de lo que más cumplidamente se escribe>>. No fue fácil persuadir a todos del fundamento de esta orden, que algunos atribuyeron a Ribadeneira, el cual necesitó excusarse de esta sospecha. En realidad, el gran interés demostrado por Ribadeneira en que se cumpliera la orden del P. General nos persuade de que la intención de San Francisco de Borja era favorecer al primer biógrafo oficial por él escogido, dando a su obra la mayor autoridad. En ella se contenía toda la sustancia del relato autobiográfico y aun se completaba, llenando las lagunas que se encontraban en él; ¿qué falta hacía, pues, acudir a las fuentes de la Vida? Así creemos que se razonó entonces, y es cierto para el común de los lectores la obra escrita por el P. Ribadeneira bastaba; en gran parte la Vida por el P. Ribadeneira no es más que la Autobiografía puesta en estilo clásico castellano.

La conducta de San Francisco de Borja fue seguida por su sucesor el P. Claudio Aquaviva. La Provincia de Castilla, en la Congregación provincial de 1584, pidió que se difundiesen las cartas y documentos ignacianos que se conservaban en Italia y España, sin mencionar expresamente ningún documento, ni en particular la Autobiografía. A esta petición respondió el General alabando la devoción de la Provincia a San Ignacio, pero diciendo al mismo tiempo que, por lo que a él se refería, bastaba la Vida –entiéndase la escrita por el P. Ribadeneira-, en la cual se contenían las cosas que parecían dignas de comunicarse. Respuesta suficiente para aquellos tiempos¹⁷⁹.

Quizás lo más criticable de ese fragmento sea la desafortunada e injusta equiparación entre el Relato y la Vida, y también la conclusión final, tan insuficiente para estos tiempos. “Al historiador se le debe suponer ingenio y talento literario, capacidad para recopilar de forma exhaustiva los hechos, pero, sobre todo, conocimiento de las fuentes y de los métodos críticos para su evaluación”¹⁸⁰. Ribadeneira no ejerció como historiador, sino de abogado y propagandista. Mientras el Relato cumple con las más elementales reglas de veracidad y ética, lo que Ribadeneira aporta es “una versión deformada y mutilada de la historia y de sus métodos críticos más elementales”¹⁸¹.

GONÇALVES Y SU REACCIÓN ANTE LA VIDA

Hemos conocido un brevísimo detalle, aunque significativo, de la reacción de Nadal al secuestro del Relato, de la oposición a una orden incomprensible para quien tanto había luchado por conseguirlo, pero ¿cuál fue la reacción de Gonçalves?

Estando todo lo relacionado con Gonçalves mucho más expurgado que lo de sus compañeros, solo he encontrado un dato alusivo a estas circunstancias, una orden del General Mercuriano obligándole a continuar el trabajo de glosar el Memorial cuando ya era materia reservada

En los primeros meses de 1574 el Padre Gonçalves da Câmara había prácticamente interrumpido el trabajo sobre el memorial, como él dice, <<por mis particulares miserias>>, expresión referida quizá a los achaques corporales o también a la falta de constancia; pero lo reanudó después de recibir una carta del Padre Everardo Mercuriano, general de la Compañía, fechada el día 12-1-1574, por la que le mandaba continuar la tarea y avisarle a qué punto había llegado. Es

¹⁷⁹ Loyola 1991: 86-87.

¹⁸⁰ Casanova 6-5-2012.

¹⁸¹ Casanova 6-5-2012.

probable que el mismo padre Manuel Alvarez o algún otro superior portugués se dirigiera a Mercuriano para que este impusiese su autoridad.¹⁸²

Interesados en que Gonçalves comentara ampliamente las breves notas escritas por él mismo sobre Loyola en el Memorial, el general Mercuriano debió pedirle, en correos anteriores, que continuara realizando la tarea. Pero Gonçalves, probablemente dolido y profundamente humillado por la forma en que Ribadeneyra se había aprovechado de su trabajo sin prácticamente citarle ni respetar las palabras ni el espíritu de Loyola, no deseaba continuar. Era una alta traición, inconcebible para un humanista que había cumplido con la obligación ética de transmitir fielmente unos escritos que ahora eran absolutamente tergiversados y, además, absorbidos por alguien que se aprovechaba vilmente de su trabajo y mérito.

Entre el “impusiese” del comedido comentario de Benigno Hernández y el “quizá” anterior (“expresión referida quizá a los achaques”), se desprende una duda no cuestionada por Hernández: ¿no es probable que Gonçalves, contrario al plan concebido contra su obra, se negara a seguir continuando unos escritos previamente condenados al ostracismo?

Mercuriano le obliga a continuar y, además, para controlarle, pide que le indique el punto hasta dónde había llegado. La humillación y la tensión son patentes, las causas no podían ser otras que las derivadas del secuestro del Relato, sobre lo que Gonçalves, probablemente, no recibió ningún tipo de explicaciones.

CONCLUSIÓN

Las tremendas diferencias formales e ideológicas existentes entre el Relato y la Vida explican por sí solas el gran cambio que, entre 1530 y 1570, se produce en la espiritualidad española, la evolución de un humanismo, inspirado en la *devotio moderna* y el erasmismo, que irá “cediendo paso a un catolicismo integral e intransigente, que impregnará todos los aspectos de la vida política y civil.”¹⁸³

El esplendor del erasmismo vivido por Loyola en Barcelona y Alcalá poco tiene que ver con el ambiente de persecución y sospecha que, cincuenta años después, cuando se escribe la Vida, rodeaba a todo lo referido a Erasmo y su obra.

Sin embargo, cuando Loyola escribe el Relato, la persecución contra Erasmo se encontraba en su apogeo y no por eso dejó, aunque con cautela, de aportar datos suficientes para que, a pesar de lo que se diga después, queden claras sus conexiones erasmistas. O sea, pocos meses antes de su muerte, la actitud crítica de Loyola con la iglesia ortodoxa, contra la que luchó en sus inicios, seguía intacta.

Pues bien, a pesar de esos datos prácticamente incuestionables, la Compañía, desde que por motivos oficiales e interesados lo expusiera Ribadeneyra en 1583, viene defendiendo, aunque casi siempre turbiamente, que en caso de que Loyola leyera en Barcelona el *Enchiridion militis christiani*, de Erasmo, lo hizo más por motivos literarios que por “las ideas en ella expresadas”¹⁸⁴.

Como si Loyola, cuyo pensamiento obsesivo centrado en la espiritualidad no le había permitido desde la ‘conversión’ ni un solo gesto no encaminado al enriquecimiento de dicha espiritualidad, ahora, de pronto, se pusiera a pensar en pinitos literarios y, precisamente, ante un libro tan afín a él mismo y de un autor considerado como el máximo exponente de la corriente renovadora por la que discurrían sus intenciones y proyectos.

¹⁸² Gonçalves 1992: 16.

¹⁸³ Rivero 2005: 121.

¹⁸⁴ Dalmases 1986: 78.

Aunque carecemos de datos concretos que acrediten la pertenencia de Loyola al grupo erasmista, lo incuestionable es que le influenció bastante, porque anduvo durante varios años muy cerca de ellos y recibió mucha información que, tamizada por su fuerte carácter y por su decidido deseo de santidad, debió aportarle abundantes luces intelectuales. Una personalidad tan compleja como la suya se nutre de todo cuanto flota a su alrededor, capta cuanto le viene bien a su proyecto, lo absorbe, recicla y no le hace daño, al contrario, le aporta matices imprescindibles. Él ya había elaborado los Ejercicios, su proyecto estaba en marcha y, como persona abierta y comprensiva, alternó con los hermanos Eguía, editores de Erasmo, colaboró con ellos y es imposible que fuera impermeable a sus pensamientos y opiniones.

De hecho, gran parte de la doctrina de Erasmo ya se encontraba en él desde el momento en que decidió imitar a los santos más famosos de la cristiandad, lo cual significaba un rechazo al lujo, la opulencia y todo el buen vivir eclesiástico criticado por Erasmo, que debió influirle, sobre todo, en la sistematización de su propia doctrina, en la organización y actualización de los principios evangélicos al momento en que vivían. ¿Cómo, si no, entender el encuentro de Loyola, ya en París, con Luis Vives, el español huido de la Inquisición y gran amigo y discípulo de Erasmo?

En definitiva, en 1583, con la contrarreforma en su apogeo y la obra de Erasmo censurada por herética, Ribadeneyra necesitaba mentir para alejar a la Compañía de las sospechas de erasmismo que recaían sobre su fundador y, al mismo tiempo, para modificar el modelo de líder que los jóvenes aspirantes debían seguir. Fueron componendas hechas en función del ‘marco de intenciones más amplio’, de los intereses y miedos de un momento que se prologó sine die en una Compañía desde entonces bicéfala.

Por muchos objetivos que pretendiera la Compañía (beatificación y santificación de Loyola, aceptación definitiva en España, etc.) el libro de Ribadeneyra supuso una traición en toda regla al legado del fundador, aspiraba a poner fin a la amenaza ‘desestabilizadora’ del protagonista del Relato, pero no porque éste representara un ataque directo contra el nuevo orden, sino porque sintonizaba “oblicuamente con esos vectores [heréticos] desestabilizadores que motivan tanta preocupación”¹⁸⁵.

La Vida fue la nueva voz, la imagen ortodoxa de la ‘nueva Compañía’ y el nuevo Loyola, distinto de la persona comprometida y renovadora con que le identificaban quienes le conocieron o leyeron el Relato. Ribadeneyra fue pionero en utilizar “el pasado para justificar el presente”, en deformar “la historia para adaptarla a sus propios fines”¹⁸⁶. Y lo hizo elevando a la categoría de mito una falsa biografía en la que distorsiona “las pruebas para llegar al fin deseado [...] es todo menos historia, pura invención”¹⁸⁷.

En general, la Vida fue un radical correctivo a la idea de santidad que, durante tantos años y esfuerzos, se había forjado el fundador de la Compañía, porque en “la historia de una ortodoxia como el catolicismo, todo lo que tiene algún parecido con la intrepidez, todo lo que implica drama entre los innovadores o renovadores y los defensores del orden o del desorden establecido ha sido poco menos que infaliblemente enterrado por la nivelación hagiográfica, que no admite más dramas que el que se da entre la virtud y el vicio, entre Dios y el diablo. Y se hace necesario excavar el terreno de los documentos conservados, cuando por ventura se les tiene, para extraer la verdad.”¹⁸⁸

¹⁸⁵ Iffland 1999: 224.

¹⁸⁶ Casanova 2012.

¹⁸⁷ Casanova 2012.

¹⁸⁸ Bataillon 2010: 39.

Eso fue lo que hizo Cervantes, ahondar en la verdad, extraerla, con el Relato y la Vida en las manos, a través del juego literario más complejo y fascinante jamás imaginado.